This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

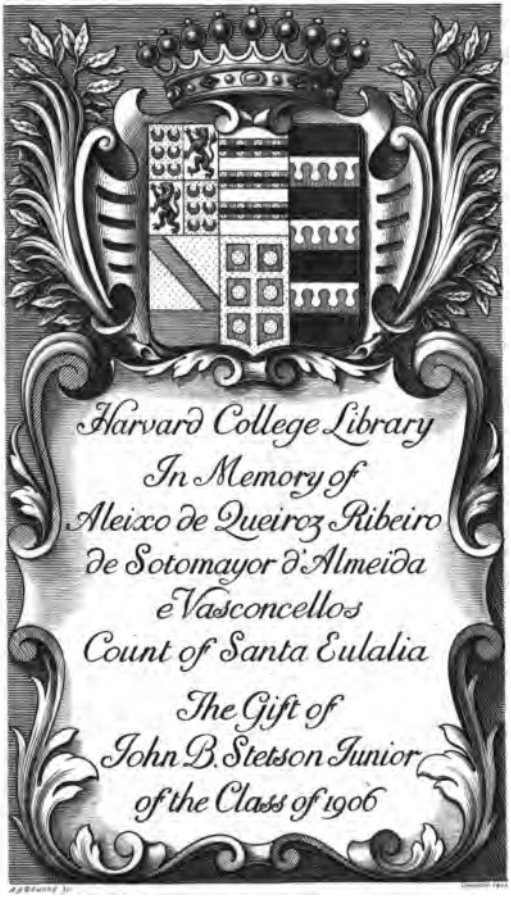
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Ital 2148.96.15



M. DÍAZ RODRÍGUEZ

Sensaciones de VIAJE

ALDEA LOMBARDA. — VENECIA
FLORENCIA. — ROMA
NÁPOLES. — ALREDEDOR DE NÁPOLES
CONSTANTINOPLA

PARIS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1896

SENSACIONES DE VIAJE

0

M. DÍAZ RODRÍGUEZ

Sensaciones de VIAJE

ALDEA LOMBARDA. — VENECIA
FLORENCIA. — ROMA
NÁPOLES. — ALREDEDOR DE NÁPOLES
CONSTANTINOPLA

PARÍS
GARNIER HERMANOS, LIBREROS EDITORES
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1896

Ital 2148.96.15

HARVARD COLLEGE LIBRARY
COUNT OF SANTA EULALIA COLLECTION
GIFT OF
JOHN B. STETSON, Jr.

ALDEA LOMBARDA

ALDEA LOMBARDA

En la tarde calurosa de julio, todo parece hundido en profundo letargo. El lago se extiende, hasta perderse de vista, hacia el norte, entre colinas y aldeas, quieto, brillante, y copiando como una lámina de acero bruñido los últimos arreboles del crepúsculo, en tanto que hacia el sur se estrecha, se adelgaza hasta cambiarse en río, después de formar un remanso y de rodear, no lejos de la orilla, una pequeña isla, bosque de rosales y manida de patos silvestres.

Á la derecha de un promontorio coronado por un castillo feudal, detrás de una alameda de castaños, alineados en cuatro hileras á la orilla del lago, se descubre la aldea silenciosa, adonde venimos buscando reposo para nuestros cuerpos, serenidad para nuestras almas, un soplo de aire puro que barra de nuestros pulmones el infecto polvo de la gran capital, un poco de sol que nos recuerde el sol de la patria; soplo de brisa y rayo de sol que, trayéndonos la salud completa, vigoricen nuestros nervios resentidos y desvanezcan en nuestros cerebros los fantasmas de la neurosis.

El absoluto recogimiento de este rinconcillo de Italia satisface cumplidamente nuestros deseos de calma, pero nos vuelve mudos y tristes. Sin proferir una palabra, desembarcamos, después que el bote, guiado por un viejo remero, penetra en un espacio circuído de muros, especie de puerto, invadido por altas yerbas que se asoman á la superficie del agua y ceden, doblegándose y gimiendo, al paso de la pequeña embarcación. El mismo

barquero se encarga de nuestras balijas y nos endereza hacia el hotel.

Digo hotel como diría ventorrio, figón, posada ó fonda, pues de todo esto hay; aunque, en realidad, la casa en donde hemos de posar es más que hotel, venta de camino con aires grotescamente señoriles, que nos despejan el ceño, haciéndonos pensar en aventuras quijotescas. Nada tan á propósito, en efecto, para dar al traste con el meollo poco firme de algún andante caballero, como este caserón, que bien podría ser tomado por castillo ó vivienda solariega, con su holgada puerta cochera, sobre la que se cierne, destacándose de la pared, una corona, probablemente de hojalata, injuriada por la intemperie, tomada de orín, y sostenida por dos espadas en cruz, del mismo metal que la corona, y limpias de todo crímen si no de herrumbre y moho.

El patio, adonde el portal nos conduce, no deja duda sobre el género de casa en que nos hallamos. En un ángulo del patio, una chica extrae, por medio de gruesos cordones, de las profundidades de una cisterna, un cán-

taro rebosante de agua fresca; á la derecha de la entrada, se está quedo, con sus timones en el aire, un coche polvoriento que espera, quizá, las órdenes de los huéspedes; en el fondo, en el ángulo izquierdo, se levanta una escalera de piedra, tan angosta, que no puede una persona bajar mientras que otra sube, y al pie de la escalera, crece una higuera centenaria de tronco espeso y ramaje exuberante y lujurioso que, como una cabellera de Furia, se desparrama con su carga de higos maduros y verdes por el balcón del piso alto; por último, en el otro ángulo del fondo, una pequeña puerta da acceso á la extraña habitación, que á un tiempo es cocina, sala, centro de tertulia y comedor de los poco favorecidos por la suerte, pues que nosotros, los dos únicos huéspedes que merecen consideración en el *albergo*, hemos de comer siempre en íntimo aparte, arriba, en el balcón asombrado por la higuera. En el centro de la habitación á tan múltiples usos destinada, hay una larga mesa entre dos bancos de igual longitud; á un lado, una grande y tiz-

nada chimenea, en cuyo hueco se mantiene sobre un montón de ceniza, y sujeto de una cuerda ahumada y gorda, el caldero donde se cuece y ablanda la amarillosa polenta; cerca de la chimenea arranca una escalera que sube como la del patio al piso alto, y en el mismo punto comienza la verdadera cocina, es decir, el lugar consagrado á los hornillos humeantes y á la espetera limpia como un sol y llena de cacerolas y sartenes en admirable orden colocadas.

En la atmósfera de humo y olores de cocina truena la señora, dueña y cocinera de la casa, vieja regordeta y rechoncha, pero que guarda en las líneas de la cara, arrugada como una pasa, señales evidentes de haber sido codiciada y bonita en sus ya lejanas mocedades. Cuando llegamos, nos viene al encuentro con una sartén en la mano izquierda y uno como hurgón en la derecha, nos regala su más amable sonrisa, y para darnos la bienvenida nos espeta un discurso, del que apenas comprendemos dos ó tres palabras, cosa que achacamos á nuestros po-

bres alcances en el habla divina de Petrarca; pero, al cabo de algunos días y para consuelo nuestro, sabemos por experiencia propia y por lo que lenguas maldicientes murmuran, que la seora Rosa, como la llaman en el pueblo, no ha podido nunca formar siquiera una frase de puro toscano, y por más esfuerzos que hace cuando habla con personas de calidad, no logra sino hablar, y eso no correctamente, el áspero y malsonante dialecto de Lombardía.

No es necesario ser caballero andante, movido de generosa locura : cualquiera que llegue desprevenido al hotel de las dos espadas deslucidas por la herrumbre, puede, en los primeros días, padecer ilusiones quijotescas. No son para menos ciertos ruidos nocturnos insólitos, unos atribuibles á jugarretas de hechiceros, otros á pesadas bromas de malandrines y follones; sin contar con que la hija y única heredera de la seora Rosa bien se miraría, sin hacerse violencia á sí propio, como princesa convertida á medias en fregona por arte de los diablos. He dicho fre-

gona á medias, porque se ocupa á veces en las más recias labores, y no porque ande jamás desaseada y pringosa, que antes por el contrario brilla de pulcra y va, por donde pasa, derramando frescura y perfume como una flor serrana. Más alta que la madre, Clotilde cuenta diez y ocho años y es morena, lo que quiere decir que la sangre no se le está quieta en el cuerpo, sino que hierve, rebulle y comienza á decirle y contarle, en las sienes, cerca del oído, cosas tentadoras, de esas que hacen ruborizar á las niñas. Sus cabellos son ébano luciente; sus ojos, vivos carbunclos; sus mejillas, dos rosas que el sol no se cansa de besar; su alma es toda fuego cuando se asoma á los ojos, y toda sal y donaire cuando viene á los labios, hendidura de una granada entreabierta, á decir palabras bellas de un italiano algo embastecido por el acento rudo de los campesinos lombardos; su cuerpo robusto, ágil, no acostumbrado á estrecheces y apreturas, es, cuando se mueve, gracia y zandunga; y sobre todo esto, dos puños muy fuertes, capaces de poner á raya á los más

atrevidos mocetones de la aldea, clientes revoltosos de la media noche.

Al principio fatigados por el viaje, y luego molidos por largas incursiones en los alrededores, dormimos en los primeros días con el sueño de los justos, plácido y sereno. Al fin, una noche nos levantamos sobresaltados, oyendo voces violentas, airadas, que gritan un número y se acompañan de terribles puñetazos, recibidos aparentemente por una mesa. Creemos en una riña trabada en la cocina. Las voces callan un momento, pero á poco resuenan de nuevo, repitiendo los mismos números, y continúa el alboroto de gritos y puñetazos. Son los jugadores de morra. No hay venta de vino, ni hostería de villorrio lombardo, donde no estalle por la noche el estrépito de la morra. Es el juego del país. Dos jugadores, de pie, se muestran el puño cerrado : simultáneamente extienden uno ó más dedos, y simultáneamente gritan un número, que debe ser el que resulta de la suma de los dedos extendidos por ambos contendores. El que acierta, gana. Un chiquillo de

mi tierra desdeñaría tal vez jugar, por demasiado pueril, este juego por el que en Italia se desviven hombres hercúleos de barba hirsuta. Los que juegan á la morra en el *albergo* de la seora Rosa son los perdidos, los libertinos del pueblo, los que se van de taberna en taberna, gastando en francachelas y vino el dinero y la vergüenza de sus honradas familias. Llegan casi siempre á la cocina cuando ya ha terminado la tertulia de las personas de pró; traen el sombrero echado hacia atrás ó sobre una oreja, y miran á todas partes con aires de valentones y perdonavidas. Dos de ellos nos llaman especialmente la atención : uno, cariancho, de mandíbula saliente y poderosa; otro, delgaducho, sobrino del alcalde, la boca inmensa, y los dientes tirados en desorden hacia adelante, como si se atropellaran por salir, lo más rápidamente posible, de aquel abismo de inmundicia. Beben, juegan á la morra, y gritan hasta desgañitarse, sin que se les importe un bledo el sueño de los vecinos. Mientras la mesa inocente sufre el mal trato de los puños

callosos, y la vajilla tiembla en el viejo almario de madera, Clotilde, con los ojos medio soñolientos, observa á los jugadores y espera una oportunidad para empujarlos, quieran que no, hasta la puerta de la calle. Y entonces, pasan bajo nuestras ventanas, y se van cantando á veces, los muy irrespetuosos, con la voz enronquecida por el vino, alguna de esas canciones que vuelan por el cielo de Italia, todas ternezas y amor, endechas de ruiseñores caídas una á una como lágrimas, en el silencio de la noche, desde la copa de un ciprés...

Más agradablemente que la desapacible serenata de los jugadores de morra, nos sorprende un murmullo misterioso que oímos algunas noches desde el balcón. Es un cuchicheo, sostenido abajo, en la sombra del patio, al pie de la higuera, y entrecortado por algo así como chasquidos, que no son otra cosa que besuqueos de enamorados. Sin pecar mucho de indiscretos, reconocemos por fin en los causantes del misterioso murmullo al mejor mozo del pueblo, pastelero de profe-

sión, y á una prima de Clotilde, recién llegada del Piamonte, y que, según parece, no se duerme en las pajas, cuando lleva ya prendido á aquel pobre diablo de muchacho en su red de seductoras artimañas. Nuevas parejas vemos, en el curso del tiempo, sucederse en el mismo sitio, como si todas buscasen de propósito á la higuera centenaria para muda confidente y protectora de sus enredos amorosos. Es lo cierto que siempre las higueras han andado mezcladas en tales historias, y no sé de dónde les venga el ser propicias á corazones amantes, si no es de algún viejo resabio contraído en el Paraíso, donde, según la bíblica leyenda, cubrieron con sus hojas la desnudez pecadora de nuestros primeros padres.

*
* *

Paolo, nuestro barquero predilecto, nos viene á proponer, todas las mañanas, un paseo por el lago. Si la brisa es favorable, partimos y no regresamos á la aldea sino á dor-

mir. Así vivimos días enteros en la superficie de este Lago Mayor que baña la tierra y copia el cielo de Italia y Suiza, y sobre cuyas aguas se encuentran y confunden las auras que traen del sur el inflamado aliento del siroco y las que vienen del norte, besando y robando su frescor á la nieve inmaculada de las cumbres alpinas.

Nautas improvisados, uno de nosotros se entiende, ayudado por el barquero, en la maniobra de la vela, mientras el otro hace de timonel. Nuestro velero esquife, medio tumbado por la fuerza del viento, vuela cortando la onda con el sesgado vuelo de las golondrinas. Á veces la vela, hinchada en demasía, hace caer de un lado la barca, y el agua penetra mojándonos, para risa de Paolo y susto de los pilotos noveles que ya imaginan inminente la zozobra.

Donde el lago no se ensancha como un mar, pueden verse muy bien á un tiempo las dos orillas con sus cabos y ensenadas, sus blancas villas, habitadas por ricos milaneses, sus castillos medioevales solitarios, en lo alto

de las colinas, como reyes caídos en desgracia, sus montes escarpados, sus pueblos grandes como ciudades y sus aldeas de pescadores, esparcidas como bandadas de pájaros grises por el suave declive de las lomas.

Cuando la brisa desfallece, amainamos vela, y ¡á los remos! para llegar á la orilla. Unas veces desembarcamos en Ranco, humilde caserío, donde, es fama, se comen los mejores peces que cría el lago; otras veces en Meina, donde más de una mañana pasamos las horas muertas en una terraza deliciosa, sentados en una mesa de piedra, á la sombra de una magnolia gigantesca que, sobre nuestras copas resplandecientes con la dorada espuma del Asti, abre sus grandes flores, copas de alabastro llenas de aromas y abejeos. Cuando desembarcamos en desplobado, nunca falta por los alrededores, á cierta distancia, algún casucho de labriegos, perdido entre las viñas, y adonde Paolo nos conduce, seguro de encontrar buena acogida y mejor vino.

En estas correrías que hacemos diariamente, oyendo á Paolo conversar, á cada paso, con

otros buenos rústicos pobladores del país, sobre la pasada cosecha, la vendimia próxima y la suerte de los gusanos de seda, podemos apreciar la considerable diferencia, beneficio de la civilización, que separa á los actuales campesinos de aquellos que pintó el Manzoni en sus Promessi Sposi, perseguidos, atormentados por la negra pesadilla de los señores feudales.

Un día, nuestro barquero nos refiere que el marquesito del Pezzo, propietario de un yacht de recreo, acaba de amenazarlo, en castigo de no sé qué nimia culpa, con treinta días de prisión rigurosa. *Trenta giorni di prigione di rigore*, exclama, y, como lleno de confianza en su derecho y en su fuerza, nos muestra desnudos el pecho y los brazos atléticos, mientras se ríe con risa franca y ruidosa, como no habrían reído sus abuelos ante igual amenaza del castellano infame que exigía del pechero hacienda, sangre, vida y hasta la honra misma, asaltando con violencia la fortaleza que sólo debe rendirse al amor, robando brutalmente el tesoro que debe

sólo pertenecer al esposo ó al amante : el santo y dulce miedo, el temblor pudoroso de la virgen al ser iniciada en los secretos del tálamo.

El aire puro del campo, la vida libre de necias preocupaciones, el comercio íntimo con gentes de condición modesta y el espectáculo de costumbres sanas á las que forzosamente obedecemos, nos llevan, al cabo, á un estado semejante á ese del convaleciente que goza de la luz como si jamás un rayo de sol hubiera llegado á sus retinas y tanto más se embriaga con la música cuanto más entorpeció la fiebre sus oídos. Nos hemos regenerado, aplebeyándonos. El contacto de la plebe es remedio de muchos males y, aunque parece mentira, liberta de muchas impurezas. Hace bien aplebeyarse de cuando en cuando, en el sentido de vivir entre campesinos y á la manera del campesino, sencilla y primitiva : las energías renacen ; la voluntad, que salió descalabrada y maltrecha por los golpes sufridos en las luchas ciudadanas, se levanta de su lecho de enferma ; y amamos, sentimos, pen-

samos como buenos. Parece que viviendo tal vida se reciba de más cerca la influencia bienhechora de esa corriente de savia, que incesantemente palpita en el seno de la tierra, calentando y removiendo los gérmenes, haciendo reventar las semillas, elaborando para cada primavera nuevas hojas, nuevas flores, nuevos hombres, con los cadáveres de hombres, hojas y flores que el invierno dejó sembrados en el surco.

*
* *

Con la llegada de otros huéspedes, entre ellos la señora de un pintor y la familia de un honrado comerciante milanés, todo es en el hotel fiesta y holgorio. Las veladas se prolongan hasta una hora desusada, para escándalo y martirio de la mísera fámula, que se ha de estar casi toda la noche sentada en un sillón de paja, medio muerta de sueño y dando cabezadas en el aire. Entre la escogida concurrencia suelen hallarse á menudo : el notario, charlatán como una cotorra é inquieto

y vivaracho coma una ardilla; el don Juan del pueblo, nacido en la comarca y empleado en Milán, de donde viene cada verano, trayéndose, además de su facha acaramelada de gomoso, todo un bazar de elegantes baratijas, á fin de engatusar á las ingenuas aldeanas; y por último, el jefe de los carabineros, primera autoridad después del alcalde, y al que todos tienen ojeriza, no porque abuse de su empleo, que de ello no es capaz el buen mastuerzo, sino porque tan feo como es con la nariz y la frente aplastadas entre los dos carrillos arrebolados y prominentes, como de alguien que soplara sin descanso, tiene por novia á la más garrida moza de las cercanías. Á la calle donde ésta vive nos dirigimos con frecuencia, bajo pretexto de beber media botella de vino en la hostería más cercana, hostería del Sole, y en realidad con la intención de ver á la hermosa hija de pescadores, cuando sale á la puerta arrastrando los pesados zuecos de madera, ó cuando aparece en un pequeño balcón á regar las flores de sus tiestos, la mirada en el suelo, abstraída, y el

rostro de bellos lineamentos, grave, sereno y majestuoso como el de una madona rafaelesca. Como hay quien no crea en la atracción pura y castamente artística de la belleza femenina, á los oídos del carabinero han llevado el chisme de que « gli spagnuoli », como nos llaman en la aldea, se la pasan rondando con aviesos propósitos por las inmediaciones de la casa que habita su prometida, y el bendito del hombre, dando crédito á la murmuración, nos mira con ojos torcidos. ¿Qué hemos de hacer?: aldea sin chismosos, dificilillo es encontrarla, tan difícil como encontrar aldea sin muchachos burlones, de esos que en la plaza de la iglesia nos gritan motes semejantes á los empleados por nosotros, cuando niños, para hacer rabiar á los extranjeros que se van por nuestros países en busca de aventuras y pesetas. Siempre tengo presente la cara truhanesca del pillo que, repetidas veces, aludiendo á mis antiparras, me ha gritado « quatr'occhii », no sin escurrirse con gran velocidad detrás de las tapias de una huerta.

Las alegres veladas, frecuentemente con-

vertidas en bailes á favor de la música insípida de algún organillo callejero, son reemplazadas en el día por giras campestres, á las que marchan los comensales de la seora Rosa, precedidos de cestas cargadas con buena provisión de gordos salchichones, vino, leche y polenta, á hacer de mediodía detrás del antiguo castillo de la familia Borromeo, á la sombra de grandes árboles, ó en la pelada cima de San Quírico, de donde se divisa el grandioso panorama del Lago Mayor y de los Alpes suizos : una turquesa colosal de tintes suaves encajada entre esmeraldas gigantescas, y en el fondo, conos ciclópeos que hacen palidecer con su intensa y radiosa blancura al azul de los cielos.

Pero nada valen para nosotros giras y tertulias, cuando las comparamos con las matinales escapadas que hacemos, en compañía de Clotilde y su prima, hacia « La Montagna », donde crecen las moreras y prospera la viña de la seora Rosa, acaudalada terrateniente además de rica dueña de posada. Ordenados en parejas, nos vamos, primero caminando

lentamente á la salida de la aldea, luego corriendo por los senderos empapados de rocío, por entre las yerbas húmedas, saltando acequias desbordadas, siguiendo el cauce arenoso de riachuelos empobrecidos por el verano, rompiendo empalizadas floridas, y robando con gran descaro ciruelas hinchadas y negras que parecen estallar de maduras. Y con mayor descaro todavía, robamos á las mejillas purpúreas de nuestras compañeras de paseo, en los lugares donde la vereda se angosta ó donde estamos obligados á inclinar á una las cabezas para pasar bajo las ramas, algo más dulce que uvas y ciruelas, besos deliciosos, descontados por fuertes aunque embusteros mojicones, besos inocentes, cogidos por sorpresa, tan sólo para dar á conocer á nuestros labios, habituados á malas drogas, el sabor picante y sano de la belleza montaraz.

***

Entre las primeras casas de la aldea y la alameda de castaños, alineados á la orilla del lago, hay una larga plaza.

A la sombra de la alameda ha sentado sus reales una familia de gitanos, compuesta de un chico pálido y andrajoso, un hombre de facciones duras y curtidas, y una mujer, en apariencia más entrada en años que el hombre, enmarañado el cabello, el rostro color de bronce y los ojos muy negros, de miradas penetrantes y al mismo tiempo vagas y perdidas, como no acostumbradas á fijarse en objetos cercanos, sino á dilatarse, libres de obstáculos, por estepas y desiertos. Al pie de un árbol preparan sus comidas, haciendo fuego con las ramas secas tumbadas por el viento; ahí mismo dormitan en las horas de bochorno y duermen por la noche, bajo una tienda improvisada. El chicuelo y el hombre abandonan, hacia la tarde, sus vestidos harapientos, y quedan cubiertos con rojos pantalones de saltimbanquis. Uno de ellos invita con redobles de tambor á los aldeanos, los cuales no se hacen de rogar y vienen todas las noches en gran número, los mozos, ladeado el chambergo, las muchachas, sobre los altos zuecos de madera, á aplaudir saltos

y piruetas, regocijarse con ridículas pantomimas y dejar algunos sueldos en el plato de metal que la gitana pasea entre los espectadores. Pero los que más se regocijan son los galanes y doncellas que, disimuladamente, se alejan del grupo de curiosos, y unidos en parejas se protegen contra importunas vigilancias en el secreto de la sombra que arrojan los castaños, y van hasta la orilla misma del lago á extraviarse en coloquios divinos, bajo el cielo estrellado... Si las ondinas hablaran, sé de más de una hipocritona que enrojecería de vergüenza hasta la raíz de los cabellos.

Un día, los gitanos parten, vuelven á emprender su vida de nómades que levantan la tienda para dormir en donde el sueño les sale al paso : en la plaza de otra aldea, á la margen de un camino ó en algún claro de bosque. Partidos los maromeros, la plaza permanece desierta, para tristeza de los enamorados que, en el curso de la semana, suspiran porque llegue el domingo, el único día en que se permite á las muchachas venir á danzar, en la plaza, á los sones de una murga cam-

pesina. Desde la hija del alcalde hasta la más tosca lugareña, todas bailan, en confusión encantadora, guardadas por el celo cariñoso de las buenas viejas, madres y abuelas, de miradas tristes y hondas que han presenciado muchas penalidades y miserias, y de cabellos grises, peinados hacia atrás y sostenidos por albanegas relumbrantes.

La música cesa, y los bailadores se van á la hora en que muere el día, hora la más bella y melancólica en este rincón de la tierra ignorado de los viajeros. En el fondo sombrío del lago se levantan palacios, alcázares maravillosos que tienen muros de granito azulado, techumbres de púrpura, columnas de ágata rósea, y son habitados por seres fantásticos vestidos con gasas impalpables de color indefinido. Son, idealizados por el espejo del lago, los mismos alcázares que pinta el último rayo de luz en el cielo de la tarde, alcázares esplendorosos, deleznables y fugitivos, como los dias felices y los sueños del hombre.

VENECIA

VENECIA

Había salido solo de Milán y llegaba á Venecia con un camarada. Era un ruso, llamado de Staal, estudiante de derecho en San Petersburgo. Por uno de tantos mínimos accidentes de viaje, nos hablamos. Cuando le dije que era americano del sur, tuvo como una sombra de duda en el fondo celeste de sus ojos de septentrional, y, respondiéndome que no había visto ninguno hasta aquel momento, me fijaba la mirada, asombrado y receloso, como si esperase descubrir un carcaj debajo del cuello de mi paletó ó plumas de papagayo debajo del ala de mi sombrero.

Á la vuelta de dos ó tres horas nos conociamos ideas, proyectos y esperanzas. Ambos íbamos á Venecia por la primera vez, y ambos llegábamos con el dulce desasosiego con que el enamorado, largo tiempo ausente, se aproxima á la hermosa adorada. Venecia es para muchos hombres una de aquellas amadas ideales, musas de la adolescencia, que junto con los sueños de gloria y los amores románticos y el fúlgido enjambre de las ilusiones, vinieron á tentarnos en las horas fatigosas del estudio, pero dejándonos siempre miel en el corazón y luz en la mente. De ahí ese grito que nosotros lanzamos y que se ha escapado á tantos viajeros, chicos y grandes, ilustres y obscuros, al divisar, después que el tren abandona la tierra firme, los campanarios de Venecia, la ciudad de las cien islas, en la brumosa lontananza del Adriático : « ¡Venecia!. ¡Venecia! »

Cada una de las ciudades italianas se distingue de las otras por cierto sello característico, pero Venecia no sólo difiere de aquéllas, sino que difiere de todas las del mundo.

Se llega á la ciudad por un puente batido en sus costados por el mar. Al salir de la estación, no nos espera ómnibus ni coche. Nos espera una fúnebre góndola, pintada de negro, con su grande espolón en la proa. Al bullicio del andén tumultuoso, y al formado por los gritos que lanzan los gondoleros para atraerse algún cliente, sucede, después que nos separamos del embarcadero, un silencio casi absoluto. La góndola se desliza sin rumor por el agua verdosa y muerta que baña las graderías de mármol de los palacios. Éstos se levantan á cada orilla del Gran Canal, narrando en su lenguaje mudo, al viajero que pasa, episodios alegres y lúgubres historias de la República. Son, en su mayor parte, de los siglos XIII, XIV y XVI, y en casi todos vive el arte traído de Oriente en las galeras vencedoras. Algunos, medio inclinados, parece que fueran á derrumbarse ó que doblasen la

frente augusta, reflexionando en grandezas pasadas, mientras que en las paredes color de ladrillo vetusto y en las ventanas ojivales flotan los sueños del beduino, expatriado en nuestros países, y perseguido por la visión de largos crepúsculos sangrientos y noches tibias, llenas de perfumes y amor, en laderas sembradas de áloes.

Por un espacio de dos kilómetros, aproximadamente, fuimos entre dos hileras de alcázares seculares. Se diría una inmensa flota de navíos de mármol encallada en las lagunas.

El gondolero, queriendo mostrarse complaciente con nosotros, nos señala un palacio, y con el dejo cantarín y quejoso del dialecto veneciano pronuncia el nombre de una de las familias ilustres que lo habitaron, y refiere una anécdota.

Cerca del puente del Rialto, nuestra góndola penetra por un pequeño canal, para llegar más presto á la *Riva degli Schiavoni*, en la que está situado el hotel adonde nos dirigimos. Pasamos al pie de los muros amarillentos de un teatro, á la sombra de dos igle-

sias góticas antiquísimas, y debajo de varios puentes minúsculos, sencillos arcos de piedra contra los que amenaza estrellarse el espolón de nuestro esquife al mismo tiempo que el gondolero, para advertir al que viene en sentido opuesto y evitar un choque, prorrumpe en uno de aquellos gritos singulares que aun cuando son arrancados por la ira tienen una resonancia melancólica.

En *casa Kirsch* desembarcamos, para después de reposar un poco salir de nuevo en marcha hasta la plaza de San Marcos.

Lejos, á nuestra izquierda, rematando el edificio de la aduana, brilla un globo dorado, sobre el que apoya un pie mientras en una mano levanta su veleta, una pequeña estatua de la mudable Fortuna. En la misma *riva* pasamos por una estación de góndolas, donde los propietarios de éstas nos instan con voces y ademanes á ir de paseo. En seguida nos detenemos en el puente de la *Paglia* para desde ahí contemplar el de los Suspiros, tendido entre el Palacio Ducal y las Prisiones. Ligero, esbelto y gracioso como una joya, es

una sonrisa de filigrana en la cara de esfinge del misterio. Allí sufrieron el martirio de entrever el día en un momento fugaz los condenados por un tribunal terrible á vivir sepultados en un calabozo. Debajo de ese puente las aguas cunearon una barca que, muchas veces entre las luces y los ecos de una fiesta, partía, llevando en su vientre maldito cuerpos convertidos por la tortura en una sola llaga y cuya vida no era más que una queja destinada á extinguirse en el turbio seno de un canal remoto.

Continuando nuestro camino, seguimos entre el Palacio Ducal y la Laguna, y luego, por la Piazzetta, entre el mismo Palacio Ducal y la Libreria Vecchia, hasta llegar al medio de la plaza por cuyo inmenso perímetro extienden las Procurazzíe sus escuadrones de columnas. En este corto trayecto recorrido se admiran todos los géneros arquitectónicos en una proximidad rayana de la confusión y en un admirable desorden que es afrenta de la simetría vulgar. De la metopa dórica que humilla dos triglifos oprimidos, de la arcada

ojival que la sombra recama con encaje de sueños, del capitel que amaga desgajarse bajo una carga de cabezas y follajes, pertenecientes á una fauna y una flora monstruosas, de la cúpula bizantina, de cada piedra, de cada ángulo se desprenden armonías serenas que forman, enlazándose, como un himno al arte entonado por el más sublime de los poetas líricos.

En nuestro primer instante de asombro no sabíamos si dirigir la vista á la basílica, á las Procurazzie ó al Palacio Ducal. De nuestra perplejidad vino á sacarnos un *cicerone* que en francés bastante correcto nos ofreció sus servicios para visitar el Palacio, en cuyo interior, yendo solos, decía él, corríamos el riesgo de extraviarnos, sin hallar salida, en un dédalo imposible. Como le respondiéramos en italiano, diciéndole que por de pronto nada queríamos visitar, y que en aquel día ni en los siguientes necesitábamos de *cicerone*, nos confesó que hacía algún tiempo no ganaba para sostener su familia y nos exigió humildemente le suministráramos medio

franco. Casi al mismo tiempo se lanzó hacia mí una pobre mujer desgreñada, con una luz extraña en los ojos profundos, la ropa hecha añicos y que con acento desesperado me gritó : *tengo hambre, señorito, tengo hambre*, mientras en uno de sus brazos descarnados me hacía ver, bajo los harapos, un pequeñuelo blanco, pálido, sucio, racimo de filipéndulas caído en el pantano.

Esta escena produjo en mí una impresión imborrable, aunque en condiciones análogas la ví repetirse después en otras ciudades de Italia, enseñándome siempre á ver más y mejor en los hondos abismos de nuestra sociedad moderna. Á dos pasos de la infeliz que implora un pedazo de pan, yacen en San Marcos incalculables riquezas, ofrendadas á un Dios de justicia y misericordia. En el altar mayor de la basílica fulgura la *pala d'oro*, cuajada de pedrerías, en tanto que á la puerta llama en vano la miseria con el rostro anémico de la fiebre y del hambre, y próxima á dar sus flores siniestras de locura y de crimen.

En la galería que circuye la plaza hay tien-

das y cafés, donde se reúnen por la tarde casi todos los viajeros que se encuentran en Venecia, á esperar, primero la hora de la comida y luego la hora de la música, sentados al rededor de una mesilla ó parándose á husmear delante de cada tienda, llena de objetos de la industria veneciana, caprichos de vidrio, grabados que representan edificios ó cuadros célebres. Como brillante señuelo á la ingénua alondra, atrae á muchos, más que la concurrencia y la música, la fachada de San Marcos, que es la más hermosa fachada de templo. En aquella hora tiene algo de fascinante. La última reverberación de la luz envuelve en aureola de triunfo la gallarda cuadriga de bronce que corona la fachada; debajo de la cuadriga, los mosaicos de oro que eternizan la vida de Marcos despiden un relámpago místico; y, á cada lado de la puerta, haces de luz y sombra, de todos los colores, libran una batalla de fantasmas en una selva de columnas. Una ramilletera de cabellos teñidos con el blondo del Ticiano nos ofrece violetas, las postreras de la estación; los dos

Vulcanos de la *Torre dell'Orologio* suenan una hora, golpeando en una campana con sus grandes martillos ciclópeos; y, despidiéndose hasta el día siguiente, pían y revolotean, llénando los ámbitos de la plaza, centenares de palomas que desde tiempo inmemorial habitan los históricos monumentos de Venecia, como guardando en el pico de marfil y en las alas azules y blancas la inspiración artística anegada en esa melancolía vaga é inefable que constituye la mejor atmósfera del arte veneciano.

* * *

En las iglesias, bajo las bóvedas góticas, florece un arte misterioso. Una aspiración divina y una palpitación humana se abrazan y confunden en los retablos cincelados, en las esculturas y en los lienzos. Cerca de unos santos sumidos en éxtasis de fakir, sin animación y sin alma de Pablo el Veronés, grita el colorido victorioso en las figuras del Tin-

toreto, y las santas de Sebastián del Piombo, queriendo, llenas de vida, salirse de los cuadros, inspiran, más que rezos y oraciones, culto sensual á la forma triunfante. Una Virgen del Ticiano, difundiendo de sus facciones beatíficas amor y confianza, sube entre una gloria de esfumados rubios; y en una capilla olorosa á incienso y á humo de cirios, en la claridad trémula y desvanecida de una lámpara moribunda, se alarga la silueta de un ángel negro, de autor desconocido, símbolo del silencio, de la desesperación, de las tinieblas.

*
* *

Cuando corta aún los aires una racha de invierno, y comienzan las yemas en las ramas escuetas á ofrecer al bosque aterido, junto con una explosión de hojas nuevas, rumores y perfumes suaves como terciopelo, una turba alegre salida de todas las regiones de Europa y compuesta de parejas enamoradas, de ricos

desocupados y artistas perezosos invade, buscando calor y vida, la tierra italiana. La turba alegre llena por algún tiempo con zumbido de abejas los museos y templos de Venecia, para continuar luego hacia el sur, siempre bulliciosa y frívola, á mariposear alrededor de otras estatuas y de otros lienzos, bajo el risueño azul de Florencia ó en la sagrada Roma. Muchos de estos viajeros, movidos sólo por ese anhelo, que en nuestros días cunde por todas partes, de conocerlo todo, se van sin sospechar siquiera que al lado de la Venecia legendaria, hay otra Venecia casi ignorada, encantadora y pintoresca. Para llegar á ésta, es necesario vagar á pie por la ciudad, siguiendo las vueltas y revueltas de callejas semejantes á escondrijos, que por lo estrechas y cortas, más parecen pertenecer á una ciudad de títeres. Para nuestra excursión partimos casi siempre de la *Torre dell'Orologio*, y llegamos por la Mercería al puente del Rialto. Aquí nos mezclamos con la multitud bullanguera de los mercados, y caminamos un momento entre montones de

legumbres, de uvas, de albérchigos rojizos y velludos, como mejillas de frescas montañesas; y luego emprendemos el raro paseo en que á cada paso debemos retroceder delante de un paredón que nos obstruye el camino, ó delante de un canal que no puede pasarse por estar en aquel punto desprovisto de puente. Después de invertir algún tiempo en este avanzar y retroceder alternativo, sin encontrar á nadie como en un yermo, penetramos en una calle diminuta. Á las puertas de las casas, muchachas del pueblo conversan, cantan y ensartan perlas. El sol, el viejo lujurioso, colándose en el modesto retiro, va de puerta en puerta, besando sabrosas nucas morenas y humildes pies descalzos. Otra vez nos hallamos en el puente de un pequeño canal: á la derecha, en un recodo que el canal forma, se alza un palacio berroqueño, severo, como de estilo florentino; á la puerta del palacio está una góndola amarrada, inmóvil; del otro lado, los árboles de una huerta tienden por las tapias y sobre el agua un ancho festón de esmeralda; enfrente, en un balcón

vecino de las nubes, se asoman, entre dos macetas, unos ojos y un par de labios encendidos que nos sonríen picarescamente... Para completar un pastel primoroso que fuese imagen viva de Venecia, no falta sino un celaje de rosa en el cielo, y entre el cielo y la tierra una bandada de palomas.

*
* *

Unos huyen el hálito ponzoñoso de las Lagunas y la música martirizante de los mosquitos. Otros huyen la tristeza. Palomas blancas, góndolas negras, canales verdes, todo, en la ciudad de los Dux, es triste, triste con esa tristeza que embriaga, del amor y del vino; tristeza de voluptuosidades peligrosas para los que han sentido en el cerebro los dolores de la pasión herida, del ideal crucificado.

Casi diariamente, antes de que acabe el movimiento febril en la plaza de San Marcos, empezamos, acostados en el fondo de una

góndola, nuestra correría nocturna por el Canalazzo desierto. Las ventanas de las antiguas casas señoriales miran en la noche como las órbitas vacías de calaveras gigantescas. Detrás de los balcones, nidos de espectros, no resplandecen las sedas, los candelabros de plata bruñida, las grandes luces, el torbellino del baile; ni el loco amorío de livianas hermosas escancia el vino de la inspiración en el vaso de oro de los poetas orgiásticos. La góndola va entre las dos hileras de palacios como una lágrima que rueda lenta y solitaria entre dos cantos de una elegía de piedra. El gondolero comienza á hablar, y parece que fuera á romper en sollozos; el remo suspendido, llora; y una onda parte, meciéndose suavemente, á gemir en las gradas marmóreas de la orilla sus secretos cristalinos. De otra góndola que se acerca á la nuestra, coronada de globos luminosos, vuela á los aires con los gemidos de un violín y de una voz joven y lánguida, una romanza de Tosti muy conocida. ¡Quién sabe cuántos la habrán oído de unos labios fríos, pálidos

y crueles! ¡Quién sabe para cuántos no habrá sido en aquella hora y aquel mismo sitio la canción de la propia nostalgia, canción de tarde otoñal, de nidos vacíos, de amores muertos!

FLORENCIA

FLORENCIA

QUEDAN atrás los Apeninos: aparece Pistoia acurrucada alrededor de su bautisterio, y comienza á dilatarse el hermoso valle toscano que señorea Florencia aprisionada por un ceñidor de huertos, de los que viejas higueras sacan los brazos nudosos, cargados de hojas y de frutos.

Á quien hace pocas horas estaba en Bolonia, la llegada á Florencia produce una impresión deliciosa. La sabia y docta Bolonia, con su extraña arquitectura, sus grandes arcadas, sus calles casi desiertas, es ceñuda y

triste como un claustro, mientas que Florencia, cariñosa y franca, parece dar la bienvenida con la luz de su cielo, las brisas de sus jardines y la música de su idioma. Cambiar Bolonia por Florencia es cambiar la reclusión del convento por la libertad de los grandes caminos y de las grandes ciudades. Y si esto me sucede, á mí, extranjero, que llego solo y de lejos, ¿qué sucederá á aquellos dos que en la estación boloñesa subieron al mismo compartimiento que yo? *él*, irradiando satisfacción, *ella*, tímida, lánguida, con las flores de la desposada en una mano, una lágrima deshecha en finísimas perlas en el extremo de las pestañas y, en el fondo de los grandes ojos negros, una sonrisa. Eran dos golondrinas que, al caer las primeras nieblas del otoño, se habían unido para juntas volar hacia el sur, hacia el país venturoso donde hay siempre verdura y alegrías.

Con un sentimiento que tiene mucho de envidia y mucho de piedad, sigo pensando en ellos después de despedirme con unas ceremoniosas « buenas tardes ». La *Piazza*

dell'Unità d'Italia y la *via Panzani* están llenas de paseantes y viajeros. De todos los rostros parece que brota la más simpática afabilidad. El mozo que me recibe á la puerta del hotel me habla y sonríe de tal manera que me entran tentaciones de abrazarle como á un antiguo conocido. El cuarto que se me había reservado curiosea á través de su ventana todo lo que sucede en casa de los vecinos de enfrente. Mientras tomo posesión de él y me preparo á mi primera excursión callejera, y más tarde, en el comedor de Bonciani, profusamente iluminado, me digo y repito con cierto íntimo regocijo: «¡cónque estoy en Florencia!». Hago oscilar la regordeta botella de Chianti, encerrada en su cestillo de mimbre y suspendida en un cerco metálico, saboreo la carne perfumada de los higos blancos, la esmeralda líquida que fabricaban los bonachones frailes de la Cartuja, un cigarro Virginia atravesado de un cabo á otro por una larga pajuela, y pienso: «¿Dónde estarán y qué harán á estas horas mis dos mudos y felices compañeros de viaje?»

Á dos pasos del hotel está la *Piazza del Duomo*, estrechísima, ocupada de un lado por la catedral y el *campanile*, del otro por el bautisterio. La catedral, imponente por su interior grandioso y desolado, por la cúpula, milagro de Brunelleschi, contribuye por su fachada hecha de mármoles de color y exornada con mosaicos á formar, junto con el *campanile* y el bautisterio, el precioso marco de la plaza.

El *campanile*, torre cuadrada de ochenta y nueve metros de altura, es todo una alegoría. Abajo, vigorosos bajorelieves representan el progreso, desde el nacimiento del primer hombre hasta los pensadores y artistas de la Grecia; arriba, á medida que las ventanas cada vez más altas se hacen más anchas, comienzan á verse, surgiendo de los nichos, estatuas de santos, de profetas, de sibilas, que vienen á ser en el remate del *campanile*, lo que para el creyente es en la historia humana la aspiración religiosa, el ave mística con los pies clavados en la tierra y las alas desplegadas, ansiosa de volar hacia el país

desconocido en donde hay sólo vírgenes de manto azul y arcángeles de cabellos rubios.

El bautisterio, octogónico como un templo pagano, mira á la catedral por el lado en que se halla la famosa puerta de Ghiberti, dividida por este artista en pequeños cuadros, cuyas figuras de admirable expresión y atrevido relieve palpitan bajo el velo de polvo que las cubre. Toda la poesía de las primeras páginas bíblicas, con la frescura paradisíaca de sus pétalos y racimos, de sus cabezas de patriarcas y querubes, ha quedado en aquella puerta viviendo la inextinguible vida del bronce.

La *via* Calzaioli, corta y siempre muy animada, conduce de la *Piazza del Duomo* á la *Piazza della Signoria*. El espectáculo que esta plaza presenta al recién llegado es originalísimo. El ir y venir de los carruajes, el rumor de la multitud, las impertinencias del vendedor de fotografías advierten al forastero que se encuentra en una plaza pública; pero al mismo tiempo, numerosas obras de arte se ofrecen bruscamente á su mirada atónita, ha-

ciéndole pensar que está en pleno museo. En el fondo se levanta el palacio de la Señoría, coronado de almenas como una fortaleza; á la izquierda, el palacio Fenzi; en medio de la plaza, una estatua ecuestre de Cosme de Médicis y cerca de la estatua una fuente con tritones; por último, á la derecha, bajo las bóvedas de la *Loggia dei Lanzi*, bronces verdinegros y mármoles de tonos ebúrneos ríen al sol serenos y gloriosos. En un extremo de la Loggia, el Perseo de Benvenuto muestra engreído la recién cortada cabeza de Medusa, y en el otro extremo, la Sabina de Juan de Bolonia se debate desesperada entre los brazos hercúleos de un romano. Los miembros deliciosos y fuertes se contraen acentuando bruscamente la ondulación de las caderas; y echando hacia atrás el rostro, animado por la expresión de una suprema angustia, la sabina, presa por debajo del talle, yergue el busto radioso sobre el pecho del raptor, quien, al contacto de formas tan provocantes, centuplica la fuerza de sus abrazos brutales y se apresta á huir con su carga pre-

ciosa, mientras que el esposo vencido rueda á esconder en el polvo su humillación y su escarnio.

La visita del Palacio Viejo es interesante, sobre todo desde el punto de vista histórico, llenas como están sus habitaciones con los recuerdos de los más ilustres miembros de la familia Médicis : Cosme primero, Lorenzo el Magnífico, León décimo. La irregularidad de su arquitectura dice claramente que fué edificado en los tiempos azarosos en que dos partidos terribles ensangrentaban con sus odios la tierra de Toscana. El patio de Michelozzo es, al decir de los críticos, obra magnífica. Es un concierto de columnas sobre el que se cierne con su roja nota épica la triunfadora flor de lis.

Entre el Palacio Viejo y la *Loggia dei Lanzi* principia, para seguir hasta el Arno, el *Portico degli Uffizii*. Nadie que tenga en las venas sangre latina podrá recorrer este espacio sin que sienta cantar en lo íntimo de su ser el orgullo de la raza. Á cada lado, un batallón de estatuas, al pie de las cuales relam-

paguean los nombres de Lorenzo el Magnífico, Donatello, Alberti, Vinci, Dante, Boccaccio, Cellini, Miguel Ángel... Es la falange de los profetas y obreros del Renacimiento, de los que desvanecieron las tristezas de la Edad Media, renovando la más pura sonrisa del espíritu humano.

Salutato, Bruni, Niccoli, Poggio, Ficino reabren las fuentes de la antigüedad. Venus, desde el pedestal de los siglos, vuelve á verter miel hiblea y hace caer, al sacudir de su cabellera y de sus senos, una lluvia de rosas y conchas. El yacimiento de mármol, arrancado á las profundidades de la tierra, se convierte al tocar la superficie en santos, dioses y ninfas; el bronce va á formar los músculos y las entrañas de los héroes; el oro y la plata se sutilizan en delicados arabescos entre los dedos de Benvenuto; Lorenzo y Policiano labran estrofas que son ánforas griegas sonoras y rebosantes de perfumes. Miguel Ángel, escultor, arquitecto, pintor, orfebre y poeta, es la más alta y noble expresión de aquel pueblo de artistas, en que ninguno se

resigna á sacrificar la existencia á un arte solo. El genio humano quiere rehacerse de sus largos siglos de inacción, habla con todas sus lenguas en cada cerebro, y todos pintan, esculpen, cincelan, escriben.

*
* *

Partiendo de la plaza *della Signoria*, á la izquierda del *Portico degli Uffizii* está la entrada á la galería de este mismo nombre. Después de subir una escalera y atravesar un corredor sembrado de torsos atléticos y cabezas de emperadores y dioses, empieza la colección abundante de obras maestras de la pintura italiana. Primero son Botticelli, Andrea del Sarto, ebrio de color; Filippo Lippi, con sus Vírgenes, adoradas por santos y aureoladas de cabecitas risueñas; Dolci, con su Santa Lucía, á la que imprimió, lo mismo que á sus otras creaciones, guardadas en el palacio Pitti, un sello de dulzura resignada, suave y triste, como hecha de lágrimas. Luego vienen los otros maestros italianos y

extranjeros, y todas las telas se agrupan alrededor de la sala de la Tribuna, como corte respetuosa y rendida alrededor de un trono de reyes. La sala de la Tribuna está, en efecto, destinada á los monarcas del arte. En medio de la sala, un escita aguza una cuchilla y juega un sátiro, de cabeza y brazos admirables, atribuído á Buonarroti; en las paredes, la Fornarina de Sebastián del Piombo, la Venus de Urbino del Ticiano y una Madona de Rafael se burlan, en su plástica y colorida plenitud, de ese espíritu enfermizo de nuestros días, á cuyo soplo nacen las vírgenes decadentes, escuálidas, melancólicas que, vestidas con túnicas más blancas que mortajas, se van muy lentas, deshojando rosas pálidas, por el fondo borroso y gris de un cuadro de Puvis de Chavannes.

La galería *degli Uffizii* está unida á la galería Pitti por un largo corredor que pasa sobre el Arno, de modo que, aunque distantes uno de otro los edificios en que se encuentran, las dos galerías pueden considerarse como una sola. Descendiendo al Pórtico se

continúa hasta la orilla del Arno para pasar al otro lado de la ciudad por el *Ponte Vecchio*, el de más movimiento de los seis que existen, flanqueado de ventorrios en los que se exhiben al transeúnte las joyas de los actuales orfebres de Florencia. Del otro lado del puente la *via* Guicciardíni lleva á la explanada que precede al palacio Pitti. Por el ala izquierda de éste se penetra en el museo. Aquí, telas de primer orden de los grandes maestros tapizan, no una sala, sino todas las salas. Además de las telas hay una que otra escultura, orgullo de la estatuaria. Es necesario volver muchas veces á la galería, y cada vez con la seguridad de quedar absorto ante el descubrimiento inesperado de una belleza que en las ocasiones anteriores pasó inadvertida.

En aquel harem ideal tuve dos predilectas: la Magdalena del Ticiano y la Venus de Canova. La Magdalena de casi todos los pintores, y la tallada en madera por Donatello, es la víctima de las mortificaciones y el ayuno, que enflaquecida y repugnante, no puede hablar

sino á la conciencia enjuta del fanático; en tanto que el Ticiano con su gran penetración ha sabido sorprender á Magdalena en el instante psicológico en que la cortesana concibe por la primera vez el amor de la virgen, pero sin cesar todavía de ser la cortesana que, vanidosa de su hermosura y consciente de sus gracias, aparenta ocultarlas y las hace más irresistibles, dejando rodar por el pecho la opulenta cabellera, como un torrente de seda rubia y luminosa por un lecho de alabastro.

La Venus de Canova se alza sobre un pedestal en la última pequeña sala. En la relativa obscuridad que reina siempre allí, resplandece la blancura de la Venus que, recién salida del baño, ingenua y tímida, se ruboriza ante la maravilla de su propio cuerpo. Muchas veces, viéndome solo con la estatua, me aventuré á rozar con mis manos las formas de la diosa con el religioso respeto con que el creyente besa los pies del ídolo y con miedo de que visitantes y guardianes me atisbaran en flagrante delito de adoración

fetiquista ante el más casto de los mármoles.

*
* *

Es una tendencia casi natural la de buscar y perseguir el rastro de los que fueron grandes, como si esperásemos sentir en la habitación donde nacieron, en la ciudad que habitaron y en la tumba en que se conservan sus cenizas, alguna palpitación rezagada de sus vidas. En Florencia hay á cada paso una lápida conmemorativa que indica el lugar donde alentó un genio. Cerca de *via* Calzaioli, en *via* Dante, una casa recientemente restaurada luce la siguiente lacónica inscripción : « In questa casa degli Alighieri nacque il divino poeta. »

Á la sencillez de la inscripción suple el recuerdo calentado por la fantasía. Detrás de las letras indiferentes, impasibles con la fría impasibilidad de las cosas, una figura de hombre de frente iluminada marcha pisando montañas de azufre, ríos humeantes y cabezas siniestras, para volver á castigar con las lla-

mas eternas los vicios y las cobardías de sus contemporáneos.

La casa de Miguel Ángel, mucho más lejana de la *via* Calzaioli y de apariencia insignificante, contiene innúmeros dibujos y algunas obras de la adolescencia del artista, que son para el crítico una riqueza incalculable. En estas obras de la adolescencia puede estudiarse la primera fase de la evolución de un genio, y en una de ellas, en particular, se adivina ya la osadía sublime del futuro autor del David, que hace combatir fieramente en la estrechez de un bajorrelieve á Lapitas y Centauros.

Los templos son á la vez panteones y museos. Aunque más especialmente en Santa Croce, en todas las iglesias hay tumbas de sabios, de políticos eminentes y de príncipes, rodeadas todas de la eterna eflorescencia del arte. Miguel Ángel reclina á la Libertad dormida sobre la piedra de un sepulcro; Gaddi y sus discípulos alegran con sus frescos la soledad de las capillas y de los claustros conventuales; Donatello graba con soberano

realismo, en la cabeza de un Cristo, todas las angustias de la humana agonía; Giotto hace abrir al Salvador unos brazos larguísimos, casi monstruosos, como para que no se escape al amor infinito del Dios de los cristianos ni un solo átomo viviente; y sobre altares y sepulcros, los della Robbia tejen la guirnalda de sus mayólicas. Las obras de estos últimos bastan á dar á Florencia cierto sello gracioso. Las tierras cocidas de los hermanos della Robbia están diseminadas por toda la ciudad: ya es un santo que baña con reflejos metálicos el frontón de una vieja casa; ya son racimos de frutos que cuelgan de los bordes de una fuente, en la sacristía de una iglesia; ya es, por último, en el aposento de un palacio, convertido hoy en museo, una tropa hechicera de niños que danzan y juegan entre flores, bajo la capa de esmalte vidrioso, blanco y sonrosado.

Los palacios determinan en el profano una sensación desagradable por la desnuda severidad de sus muros, hechos con piedras al parecer groseramente cortadas y amontona-

das sin orden. Es al cabo de algún tiempo, cuando las retinas han copiado muchas veces las negras moles señoriales, que comienza á descubrirse en éstas la inefable armonía de las líneas. Tal sucede con el palacio Pitti á pesar de lo imponente de su grandeza. Quizá el Strozzi es el único que, desde un principio, aparece á conocedores y profanos como el ideal acabado de la toscana arquitectura. Su negra mole, rematada en una bella cornisa no concluída, hace el efecto de una tosca y primitiva cariátide que llevase en la cabeza un capitel coríntico roto.

Fuera del Pitti, los palacios no poseen en su interior mucho que admirar. En el Riccardi, *via* Cavour, visité acompañado de un joven inglés la capilla Médicis, cuyas paredes están en gran parte revestidas por un fresco de Gozzoli, que tiene por asunto el viaje de los Reyes Magos. El guardián que nos introdujo en la capilla aumentaba, por medio de un reflector, la mezquina claridad de la única ventana y explicaba los detalles á medida que caían en el haz luminoso del reflector.

Reyes y príncipes cabalgando en lujosos corceles, cortesanos correctos y altivos, palafreneros gigantescos y pajes con caras de doncellas, desfilan á través de una verde pradera, resplandecientes, en una atmósfera de color formada de mantos de púrpura, franjas azules y nimbos de oro. Siguiendo la costumbre de su tiempo, Gozzoli nos legó en sus príncipes el retrato de algunos de los Médicis, y es fácil también reconocer entre los cortesanos del séquito á pintores, arquitectos y poetas del Renacimiento, de modo que, al fin y al cabo, el asunto bíblico inspirador del fresco se modifica en el espíritu del observador moderno, y los viejos Reyes Magos se transforman en otros nuevos reyes que van á rendir homenaje no al Redentor nacido en humilde pesebre y llamado Jesús, sino á otro nuevo redentor, nacido á la sombra de palacios y templos y llamado helenismo.

***

La sociedad florentina tiene dos grandes sitios de esparcimiento: *le Cascine* y el

Viale dei Colli. Le Cascine abarcan en longitud, á la orilla del Arno, una extensión de más de tres kilómetros. Son, sin disputa, el primer parque de Italia. Bajo sus verdes arcadas, en las tardes primaverales, se agita en carrozas y á pie la multitud contenta de la vida.

El *Viale dei Colli*, casi siempre solitario, empieza en *Porta Romana*, sigue la curva florida de una serie de colinas, y serpenteando entre olmos, laureles y rosales, termina cerca de San Miniato. Poco antes del fin del paseo, hay una plazoleta que domina á la ciudad y que está á su vez dominada por una reproducción del David de Miguel Ángel. Joven, colosal, impasible, seguro del triunfo aun antes de aflojar la honda, el David, en aquel sitio, es el símbolo de la juventud eterna de Florencia. Con su expresión victoriosa parece gritar á la ciudad de los palacios etruscos, tendida á sus pies, el verso de Ugo Fóscolo :

« E tu ne' carmi avrai perenne vita... »

Eterna vida, pero vida de juventud, llena

de risas y de cantos. Eterna juventud, hecha con mármoles y bronces de las plazas públicas, con flores de las huertas y fragancia de higos blancos, con vino de Chianti y labios de florentinas, cantores y amorosos, con ligerezas de mujeres gentiles y músicas voluptuosas, con picantes historietas de Poggio, susurradas de corrillo en corrillo, y con el enjambre inmortal, descarado y burlón de los cuentos alegres de Boccaccio, que se desgrana en carcajadas y besos por las tapias de los corrales, entre las hojas de las higueras.

ROMA

ROMA

ROMA es la ciudad-epopeya . su poderío llenó la tierra; su gloria llena los tiempos; su polvo es ceniza de héroes, artistas, sabios y mártires; su ambiente es aliento de heroísmo, virtudes, elocuencia y poesía. Nunca se reconoce el viajero tan pequeño y menguado como al penetrar en el recinto de la Ciudad Eterna. Nunca tampoco se levanta en la cabeza mayor tumulto de recuerdos : recuerdos de la adolescencia y la niñez, de las aulas y el hogar pasan como una fantasma-

goría pálida y gloriosa al través del espíritu asombrado : reinos, repúblicas é imperios que nacen y se desmoronan con el estruendo ensordecedor de los cataclismos; religiones que sollozan moribundas; soldados favorecidos por la fortuna, que avanzan entre aplausos, vestida la púrpura, ceñido el laurel, sobre carros de triunfo suntuosos, tirados por monarcas prisioneros; blancas legiones de vírgenes que se extinguen, silenciosas y estériles, en la húmeda noche de las catacumbas; gritería de multitudes ebrias de sangre; fragmentos de oraciones aprendidas en la cuna, jamás olvidadas sino á medias; y el eco apagado y lejano de cánticos oídos en el coro de una iglesia, cánticos de ingenuas estrofas con que las tiernas hijas del lugar nativo ofrecen la inocencia de sus corazones y las más bellas flores de sus jardines á una reina de leño mal pintado, envuelta en lujoso manto lleno de arrequives y lentejuelas, el rostro afable y serio á la vez, siempre suspendido sobre un Jesús chiquitín, frágil y delicado como botón de rosa primeriza.

Á esa batahola de imágenes y ecos que en la memoria se despierta, sucede el ansia disparatada y loca de verlo todo á un tiempo, como si palacios y museos huyeran de nosotros, como si Roma fuese, en lugar de matrona veneranda, hermosa esquiva que se nos escapase de entre las manos. Planes, proyectos y consejos de las guías se desvanecen como el humo, y en los primeros días el viajero se va, sin método ni rumbo, de colina en colina, de barrio en barrio, hasta conquistar el derecho de ciudadano de Roma y poder, con facilidad y holgura, transitar por sus calles y paseos, orientarse en el laberinto de sus encrucijadas y penetrar el misterio de sus ruinas. Tal nos acaece á los cuatro camaradas que llegamos juntos á la ciudad de los Césares. Separados á veces en el curso del día, siempre nos reunimos por la noche á cambiar impresiones en una fonda de piazza Colonna.

Las primeras impresiones son confusas por numerosas y atropelladas. La mente no las fija : como el río, bajo una lluvia inesperada

y abundante, la mente se desborda, y no vuelve sino poco á poco á recobrar con el antiguo cauce, la serenidad augusta que graba las imágenes y preside al callado alumbramiento de la idea.

Cada palmo del suelo de Roma es un semillero de meditaciones y enseñanzas. Dos civilizaciones irreconciliables se apoyan en la misma piedra enmohecida, y en el mismo lecho se abrazan y confunden el siglo de Tarquino y el de Augusto, el siglo de las orgías imperiales y el de las orgías pontificias. El tiempo, el nivelador implacable, ha igualado, en la miseria de los escombros, religiones y gobiernos, hombres y dioses, humildades de las chozas y soberbias de los palacios. Una mezquina iglesia católica protege la debilidad de sus paredes, reclinándose en los ijares poderosos de unas termas gigantescas, y de entre un grupo de viejas y pobres casas de la Edad Media, habitadas por gente del pueblo, se levantan las columnas agrietadas y negras de un templo que fué consagrado á la gloria de Neptuno, el dios que recorre los

mares, coronado de espumas y algas. Al pie del Quirinal, donde en los orígenes de Roma existía una ciudad sabina, hoy se extienden á lo lejos calles espaciosas, y reemplazan á las antiguas cabañas modernas habitaciones que tienen el brillo chocante de las cosas nuevas; en tanto que muy cerca de ahí, al pie del Capitolio, yace medio enterrado el esqueleto monstruoso del Foro, con las bóvedas vacilantes de sus basílicas, sus capiteles y arquitrabes rotos, hacinados en pirámides, y sus raras columnas solitarías, pero serenas y firmes en medio del vasto osario, como símbolo de una altivez sobrehumana, que injurias de la edad, ni embates de la fortuna, ni vilezas de los hombres han logrado humillar todavía.

Al lado de los barrios modernos, y codeándose con las santas reliquias de la antigüedad, se hallan diseminados los escondrijos y rincones de la Roma pontificia, teatro de episodios galantes, refugio de artistas aventureros y de hermosas afortunadas, por donde el estrepitoso carnaval se prolongaba al través

de semanas y meses, entre carreras de búfalos y hombres, procesiones á la luz de las antorchas y alegres mascaradas. Las callejas silenciosas, desaseadas y tristes, nada conservan de la hermosura de las antiguas fiestas, antes parecen con su obscuridad y lobreguez evocar las sombras de los sicarios del Santo Oficio ó el fantasma sangriento de César Borgia, cuando éste iba entre sus esbirros patibularios, en la soledad de la noche, desnudo el puñal é inyectados los ojos, buscando alguien, amigo ó desconocido, en quien apaciguar su sed inextinguible de crímenes y sangre.

Del asombroso número de géneros y estilos arquitectónicos distintos, así como de la posición de la ciudad, desparramada por las siete colinas, resulta lo que el viajero no se atreve á esperar cuando llega á Roma : la nota pintoresca. Al hondo poder sugestivo de los recuerdos históricos, se agrega la seductora ilusión caleidoscópica. El paisaje varía profundamente según los diversos puntos de vista, y la ciudad aparece como una coqueta

que se pasa la vida entre devaneos y monadas, mudando á cada instante de trajes y maneras, á fin de mantener siempre á sus rendidos amantes mareados con el sortilegio de un nuevo hechizo : ya nos mira y habla desde lo alto de las ruinas, fijos los ojos, grave el ceño, profundo el lamento, como la Musa de la tragedia; ya nos sonríe, como liviana hija del siglo que se regodea y complace en jardines y paseos, por donde se dilatan los rumores de la vida elegante; ya, con aires perezosos de oriental soñadora, se reclina á dormir á la sombra de sus obeliscos egipcios, de sus columnas rematadas en estatuas de bronce, de sus cúpulas que desafían, temerarias, la azul y estrellada de los cielos; mientras que, á lo lejos, la campiña finge el principio de un desierto monótono y gris, y el Tíber se viene entre colina y colina, entre villas hermosas como parques y conventos plantados de cipreses y palmeras, arrullando el sueño de la vieja odalisca, recordando, por lo bajo, los días felices en que traía, al favor de su corriente, naves carga-

das con los tributos de todas las naciones, y consolándose de la pobreza á que lo han postrado incurias de los papas y calamidades de los pueblos, con el noble orgullo de ser el único río que, después del Arno, arrastra sus turbias linfas, no bajo una bóveda de lianas inextricables, ni bajo el verde palio resonante de las frondas, sino por entre una selva de palacios y templos, en que son los árboles columnas, las hojas lienzos, y las flores, de mármol pentélico, esculturas prodigiosas.

*
* *

Al bajar del Monte Capitolino por la calle del Capitolio, quedamos suspensos ante el cuadro más imponente que puede ciudad alguna presentar á la vista. La Roma de la República y del Imperio se incorpora en el sepulcro de los siglos y nos deslumbra con la magnificencia de sus despojos. Á nuestra derecha, el Palatino, cubierto por un dédalo infinito de escombros, como una sola ruina; á nuestros pies y á la izquierda, columnatas

y pórticos derruidos, arcos de triunfo casi intactos, pedazos de la Vía Sacra, arcadas majestuosas de basílicas, y esparcidos en desorden por el campo, montones de material, donde el color de la argamaza alterna con el rojo obscuro de los viejos ladrillos y el blanco suavísimo del mármol de Paros; enfrente, detrás del Arco de Tito, la mole portentosa del Coliseo.

Los creyentes de todas las religiones visitan, puestos de hinojos, los grandes santuarios; puestos de hinojos, si no materialmente, con el pensamiento, se debe ir del Capitolio al Coliseo, como que se va pisando por el santuario y el hogar de la raza latina. El templo de Vesta, alzado al pie del Palatino, ha desaparecido; sus cimientos están arrasados; sus sacerdotisas, muertas; pero el fuego divino, como bajo las cenizas del hogar, sigue ardiendo incesantemente bajo los plintos desmayados, bajo los sillares caídos, y el calor que difunde basta á inflamar el corazón de todos los patriotas, filósofos, historiadores y poetas.

Uno de los compañeros de viaje, el mismo para quien Roma debiera reducirse al Foro y los vericuetos del Trastèvere, se irrita cada vez que tropieza con algún inglés ó tudesco, en actitud de admirar una obra de arte, á la vez que lee de cuando en cuando en el Baedeker. Según nuestro amigo, mientras el ribereño del Rin ó del Támesis busca nombres ó fechas en las páginas de su guía, la gracia, el perfume y la poesía de los monumentos se le escapan, de suerte que el viajero, inglés ó tudesco, se marcharía sin haber gozado realmente la emoción suprema de la obra de arte comprendida. Si en esto se anda nuestro amigo frisando con la exageración, dice verdad cuando asegura que lo único pobre y ridículo que el viajero divisa entre las ruinas del Foro es el viajero mismo. Ridículas aparecen nuestras levitas bajo los arcos de triunfo ó al pie del Coliseo, por donde no debieran pasar sino la blanca túnica de los patricios y el paludamento de los generales vencedores; ridículas y míserables nos aparecen nuestras propias figurillas ante el espectro solo de los viejos

romanos, grandes en la virtud, grandes en el vicio. Nada es mezquino en Roma. ¿Virtudes? Decios, Catones, Virginias y Cornelias forman nebulosas. ¿Patriotismo? Los Curios, Scévolas y Fabios son innumerables. ¿Elocuencia? Ahí Tiberio Graco, Quintiliano y Cicerón. ¿Arte? Horacio canta en cláusulas diamantinas el Falerno de los banquetes, y Virgilio celebra los milagros de la agricultura en versos que robaron su aroma á la mejorana y el romero. ¿Tenacidad, constancia, fuerza? Roma empuña la espada, y el mundo cae arrodillado; empuña la esteva, y por el cenagal de la campiña corre una ola de verdura; necesita el mayor de los teatros, porque ella es el mayor de los pueblos, y ahí se levanta el Coliseo, piedra sobre piedra, como estrofa sobre estrofa en un poema de cíclopes.

Del célebre anfiteatro Flavio sólo queda en pie una tercera parte, y ésta es suficiente á colmarnos de un asombro mudo, que va creciendo y pesando hasta hacer daño. Unos cuantos viajeros se agitan, abajo, en la arena, ó caminan, arriba, por las gradas. Nosotros

subimos por las escaleras interiores y de galería en galería, de grada en grada, llegamos al sitio más culminante del lado que vé hacia el Esquilino. Con el rumor de nuestros pasos ahuyentamos dos cuervos, posados por ahí, los cuales, proyectando sus alas negras en el claro azul de la tarde, vuelan en dirección del Monte Celio. Así, casi desierto, silencioso, el Coliseo es tal vez más imponente que si lo imaginamos, como en los días de Tito, lleno con cien mil espectadores, que al mismo tiempo aplauden y vocean, pidiendo la muerte de gladiadores y fieras. Una noche, contemplándolo desde las alturas del Palatino, se nos figura que el monstruo de ladrillos y piedra ha resucitado : por todas sus bocas vierte llamaradas rojas y azules, y envuelto por una nube de humo que cubre sus flancos deshechos, aparece como intacto, respetado por los siglos. Pero, al cabo de un instante, el fuego de Bengala, causa de la efímera resurrección, se extingue, la nube de humo se desvanece, y el monstruo vuelve á convertirse en ruina sin alma.

Las ruinas del Foro, del Coliseo, de las Termas de Caracalla, las ruinas de Roma, en una palabra, mueven á grandes reflexiones, no á lágrimas y tristezas. Está bien que la llorosa y blanda elegía solloce y gima, entre el follaje de los sauces melancólicos, sobre las ruinas de Jerusalén : las de Roma no consienten sobre ellas sino la música orgullosa de los clarines épicos. En su misma desnudez y desamparo valen más que muchas ciudades florecientes, y han sido poderosas á vencer la iniquidad y la ignorancia humanas. Brancaleone las conmueve y destroza con su hacha demoledora; papas y cardenales las saquean para construir suntuosos palacios; vistas en desprecio, jarales y malezas las invaden, y pastores y boyeros las profanan, llevando á pacer sus rebaños sobre los templos de Vesta y de Saturno... Un día, unos trabajores lombardos, haciendo excavaciones en un convento, dan con una tumba, y en ésta, con un sarcófago en el que se lee la inscripción : « Julia, hija de Claudio. » Dentro del sarcófago se halla el cadáver de una

joven romana que, según las apariencias, no vió más de quince abriles. Centenares de años se han deslizado sobre su tumba, y se diría que está dormida, no muerta. Sus miembros se mantienen casi frescos; sus cabellos de oro le rodean la cabeza como una aureola; sus ojos entornados guardan un rayo de luz; sus mejillas y labios tienen el color que la sangre viva reparte bajo la piel delicada; la vida parece no haberla abandonado todavía, como un perfume tenaz que rehusara partirse del ánfora preciosa que lo encierra... Desvarío de cerebros nada sanos ó exageración de crcnistas poetas, este hallazgo maravilloso de la joven romana vivirá en la historia como el símbolo más justo y acabado del Renacimiento. La civilización greco-latina, sepultada, ultrajada, escarnecida, vuelve á respirar y vivir; la humanidad extraviada, como en la *Divina Comedia* del Dante, por una selva obscura, perdida por entre círculos de sombras y llamas, vuelve á la verdadera luz, á la primitiva senda; ha sonado la hora de la venganza para los dioses del paganismo; de

todas las ruinas surge un himno de triunfo; y como á orillas del Arno, á las orillas del Tiber se alza un coro inmortal de mármoles y estrofas.

*
* *

Una escalera, á gradas de asfalto, nos conduce á la plaza del Capitolio: antes de llegar á la parte superior, vemos, á la izquierda, la jaula que contiene una pareja de lobos, animales sagrados en Roma; en la cima de la escalera, á cada lado, la estatua de un domador de caballos. La plaza, al igual de la colina, es tan pequeña de proporciones como grande por su fama: está limitada por el palacio del Senado en el fondo, por el Museo y el palacio de los Conservadores á los lados, y su centro lo ocupa la estatua de bronce, antiguamente dorado, que representa á Marco Aurelio, el buen emperador filósofo, á caballo y vestido con los arreos de general en campaña.

Visitamos el Museo y el palacio de los Con-

servadores, pues ambos poseen colecciones abundantes de curiosidades etruscas, bajorelieves provenientes de arcos triunfales, bustos de guerreros y poetas; pero es en el piso alto del Museo donde más nos detenemos, prometiéndonos volver á menudo á gozar en la contemplación de tres obras maestras.

En medio de la primera sala hallamos al Gladiador Moribundo. Es un galo que se ha arrancado la existencia : sentado en el escudo, espera su último instante con la altivez más noble pintada en el rostro. La expresión tranquila y serena de su fisonomía, y la belleza del mármol, que tiene el brillo y la tersura del viejo marfil, hermosean y dulcifican la muerte. Con frecuencia compadecemos á esos miserables que, traídos á la fuerza de su país, mueren, para divertir al pueblo de Roma, en la arena del anfiteatro. Cuando tal hacemos, no razonamos, ó más bien dejamos hablar solamente á nuestro egoísmo. El sueño de las tumbas es mil veces preferible á la vigilia del esclavo; por eso los gladiadores lo buscan á cada momento, y cuando

no lo encuentran en el hierro del enemigo, se lo procuran con el propio hierro. Tal vez muchos creen volver así más presto y de una manera ideal á la patria lejana : el tracio á sus montañas azules, el germano á su selva, el galo al druídico misterio de sus bosques. Nosotros, modernos, con nuestra civilización medio cristiana y medio científica, civilización de médicos y sacerdotes, hemos afeado la muerte, la hemos convertido de virgen que era, pálida y amable, en endríago espantoso, y pocos son todavía los que se resignan á mirarla como el tributo postrimero que debemos á la implacable naturaleza, á un mismo tiempo la más cruel y amorosa de las madres. En Grecia y Roma, la muerte no es sino la última sensación de placer : á su dominio de sombra se llega por la puerta de un baño oloroso á esencia suave. Sobre el escudo de bronce ó en el baño de pórfido, el moribundo no padece tormentos ni dudas : se deja caer por una pendiente, acolchada y mullida con alfombras de nardos y rosas, en cuyo término espera desalterar sus labios sedientos en el

vaso en que beben los inmortales néctar y ambrosía.

De la muerte sosegada y dulce pasamos á la franca alegría del vivir : en la segunda sala, sobre un fragmento de altar dedicado á Serapis, un Fauno de mármol rojo, con un racimo en la mano, come uvas, mientras arquea las cejas, mira socarronamente y sonríe, el divino truhán, con la más pícara sonrisa. Al encanto que produce la estatua debe contribuir no poco el color de su mármol, color de sangre y vino, color de libidinosos desvaríos y sueños de guerrero. Pero el dios que vela por los pastos y rebaños no piensa ni en locuras del harem ni en combates azarosos : en su sencillez y fragancia de oda anacreóntica, simboliza la vieja alegría pagana, alegría de selvas encantadas, collados florecidos y rosales que se balancean rumorosos, orillas de la fuente. Los hijos refinados del siglo décimonono vamos, desatentados y locos, de perversión en perversión, tras el fantasma de la verdadera dicha, la cual, en realidad, la tenemos muy cerca de nosotros, en noso-

tros mismos. Á la vez que nos hace burlas, el Fauno está demostrándonos cómo es fácil conseguir y realizar la sana é ingenua alegría primitiva, no más que con un racimo de uvas, un poco de sol y grata verdura y sombra del boscaje.

Al salir de la sala del Fauno, atravesamos otras salas y un largo corredor, caminando, casi indiferentes, primero entre cabezas graves de filósofos, luego entre cabezas, ya repugnantes, ya simpáticas, de tiranos, hasta llegar, por último, á la estancia que sirve hoy de templo á la Venus Capitolina. Encima de un pequeño pedestal que se mueve á guisa del curioso, está la hija del Océano, en actitud de recatar á ojos atrevidos, con un movimiento espontáneo de pudor, el tesoro de sus formas desnudas. Un torrente de curvas deliciosas fluye de su cuello, se dilata por entre las azucenas de su espalda y los lirios de sus pechos, y se divide y cae desde la provocante eminencia de las caderas, para ir á terminar en los pies, cándidos é iguales, como gemelos copos de nieve.

Es de uso corriente decir que los antiguos tuvieron á la mujer en menosprecio, como á esclava irredimible, y si no estuviera ahí la historia de Asiria, Egipto, Grecia y Roma, asegurando lo contrario en cada una de sus páginas, no habría para desmentir aquel injustísimo aserto sino considerar el sitio que la mujer ocupa en el estrado de los dioses. Éstos, como los simples mortales, están sujetos al amor, y la mujer deificada los domina á su capricho : cuando la sangre de Urano fecunda la espuma de los mares, y sale Venus de la onda, Júpiter desarruga el ceño olímpico, y el cetro de los mundos gran riesgo corre de pasar de las manos de Zeus poderosas á las finas y blancas de Afrodita. Diosa, Venus hace doblegar las frentes y es venerada en altares, donde no faltan nunca la granada ni el mirto; mujer, Venus ata los corazones con la esperanza de inacabables placeres. La Venus-diosa es la Venus de Milo, la Venus-mujer es la del Capitolio : lo que en la primera es casta y pura majestad, es en la segunda plenitud voluptuosa. Ante la Venus

de Milo caemos en éxtasis, nos postramos en oración; ante la Venus Capitolina, la sangre se mueve más rápida, bulle, y despiertan los deseos, innumerables, como las palomas de Apulia que, vencidas de amor, siguen los pasos de la diosa.

Contento el espíritu con esa trinidad de la muerte dulce, la alegría natural y sencilla y la hermosura endiosada, volvemos del piso alto del Museo á la plaza del Capitolio. Con nuestro propio interior risueño, risueño nos parece todo lo que alcanzamos con la mirada fuera de nosotros : la estatua de bronce que, al llegar á la plaza, nos chocó por su pedestal muy bajo y su jinete sin estribos, no estilados en Roma, ahora, á la segunda ojeada, resulta harmoniosísima. La cara de Marco Aurelio nos sonríe entre una caricia de sol, y no concebimos que en este punto, rodeado de los restos más venerables de la civilización y el arte greco-latinos, pueda hallarse otra efigie que la del buen emperador filósofo, regalo y encanto de la historia. El recuerdo de las luchas trabadas y de la sangre

de patricios y plebeyos vertida en la colina, se borra por completo, y en la memoria sólo quedan el reflejo y los ecos de benditas apoteosis. En el Coliseo oíamos el aplauso estentóreo con que cien mil bocas acogían el vencimiento y la muerte de míseros gladiadores; aquí, oímos otro aplauso, el que rompiendo al pie de la colina, de gente en gente se propaga por la tierra, cuando Petrarca recibe, de manos del Senador, la corona de los poetas. La grandeza de Roma gira entre estos dos aplausos, el del Capitolio y el del Coliseo, como entre dos polos : el uno, de oro finísimo, en el crisol depurado, es el triunfo de la inteligencia y el arte; el otro, de oro bruto, encajado en el cuarzo tosco y polvoriento, es el triunfo del músculo y la fuerza.

***

Nada más natural, llegando á Roma por la noche de un Miércoles santo, que correr el día siguiente á San Pedro, llevados de la esperanza de ver, al mismo tiempo que la más

suntuosa de las basílicas, los esplendores y atavíos que, según nuestro modo de razonar, ha de lucir el culto católico en San Pedro durante los días clásicos de la Iglesia. En el ómnibus que á cada momento se dirige de la plaza de España á la de San Pedro, nos vamos, por fin, á realizar nuestra esperanza, magullados y comprimidos entre muchas personas, todas pertenecientes á la numerosa población cosmopolita de Italia.

La fama dice de San Pedro tales y tantas maravillas qué es fácil suponer vayamos dispuestos de antemano á la admiración y al encomio. Además, á juzgar por el día, imaginamos hallarnos muy pronto en la plena gloria del culto, y más de uno de los descreídos que entre nosotros van abriga el temor secreto de que siquiera por un instante se renueve el miedo místico de la infancia, de que vuelva á celebrarse la fiesta de la vida en ese pequeño cementerio que todos llevamos en el alma, en el que duermen las primeras creencias y los primeros afectos, vírgenes de madera, vestidas de oropel, y vír-

genes de carne y labios mentirosos, vestidas de amor, cementerio á cuya salida yacen las coronas de la juventud con sus rosas deshojadas y mustias y están de centinela tristezas y dolores que marcan el principio de los años provectos.

El ómnibus se detiene, y saltamos á la plaza. En el centro de la plaza, un obelisco entre dos fuentes; á cada lado, cuatro hileras de altas columnas, avanzada de un ejército de gigantes que precede y anuncia al mayor de los templos; en el fondo, la fachada de San Pedro, antipática y ruin, en la que poco nos fijamos. Llegados á las puertas, atravesamos el pórtico espacioso y nos perdemos en la inmensidad de la nave solitaria.

La religión es imposible sin el misterio, y el misterio no existe sin la sombra, que es su cuna y ambiente. La sombra, imagen de lo desconocido, de lo que ignoramos, es fuente de lo sobrenatural. Por esto son templos las cavernas profundas, las selvas lóbregas, así como los bosques de palmeras, cuyos penachos se entrelazan y confunden en bóvedas

infinitas que resuenan, al soplar de los vientos, con música honda y grave de salmodias y responsos. El ideal religioso con su obscuridad y misterio es realizado por el arte en la iglesia gótica : las tinieblas cuelgan de las arcadas sombrías espesos cortinajes, por entre los cuales se agita un pueblo de fantasmas; la escasa luz que viene al través de los altos vidrios de color llega rompida en mil matices á morir en una penumbra soñolienta; y cuando las notas del órgano se quiebran retumbando por las ojivas, el alma trémula del creyente escucha voces lastimeras ó amenazantes de espíritus invisibles.

Á la idea de misterio se une la de infinito, pues que Dios es inmenso, infinito como la ignorancia del hombre. La arquitectura se acerca á representar esta idea en el redondo templo de los paganos, todo una cúpula, á semejanza de la bóveda celeste, como en el Panteón de Agripa, y sobre todo en la mezquita musulmana, desnuda y monótona como el desierto sin límites. Es en templos semejantes que se impone á la imaginación ese

Dios de judíos y árabes que relampaguea en la cumbre del Sinai, recorre el desierto con vuelos de simún, pasa como una tempestad sobre los mares, y llena como un grito el universo.

No así en San Pedro. Un torrente de luz, crecido con el brillo de los mármoles, ofusca y ciega los ojos. El mal gusto del Bernini, el mismo que al Hermafrodita Borghese acostó sobre almohadas y colchones é hizo al Panteón dos campanarios, á manera de orejas, esparció con profusión por la basílica estatuas y nichos. La rica ornamentación en medio de una gran claridad, distrayendo pensamientos y miradas, impide al creyente arrobarse en la muda contemplación interior ó exaltarse á las cimas etéreas de las visiones místicas. La misma cúpula de Buonarroti no produce en tal medio el efecto que se espera de sus reales y asombrosas dimensiones. El Dios de San Pedro no es el de las mezquitas ni el de las catedrales góticas, sino un rey vulgar que tiene corte, chambelanes y ministros, y

padece las tristezas y miserias que el soplo revolucionario de nuestros dias ha llevado á todas las testas coronadas. El boato de la corte pontificia y el lujo de ceremonias, desplegados en San Pedro durante la Semana de la Pasión, han pasado para siempre. Desde que en el Vaticano se representa la comedia del prisionero, á los esplendores del culto se han sustituído las muecas de la diplomacia.

Allá lejos, debajo de la cúpula, comienza á moverse una procesión de sacerdotes y monaguillos : pasa delante del San Pedro de bronce, cuyo pie derecho ha sido medio gastado por los besos de fanáticos peregrinos; los extranjeros, que leen en sus guías ó hacen visajes de admiración ante mosaicos y estatuas, la dejan pasar indiferentes; no la sigue ni un solo fiel; la escoltan pilluelos cubiertos de pingajos; sus pasos, como de espectros, no alzan ni un rumor; y su cántico, lento y acompasado, repercute quejumbrosamente en pilares y bóvedas como un estertor de agonía.

*
* *

Sobre ser el mayor de los palacios, el Vaticano es el más rico de los museos : si su departamento de esculturas antiguas es el más rico en número, su departamento de pinturas modernas es el más rico en excelencia; en el primero están representados con otros grandes artistas de Grecia y Roma, Apolonio de Atenas y Agesandro y Polidoro de Rodas; en el segundo, Miguel Ángel y Rafael; en el primero se hallan el Torso de Hércules, el Apolo del Belvedere y el Laocoón; en el segundo, los frescos de la Capilla Sixtina y de las célebres Stanze.

Á la fórmula de la vida á que nosotros hemos llegado hoy, después de reunir y comparar hechos y experiencias, según un procedimiento científico riguroso, los griegos habían llegado en el camino del arte por medio de puras abstracciones del espíritu y hermosas síntesis poéticas. Hércules, más que la fuerza, es la lucha por la vida, á la que debemos en-

trar apercibidos con la constancia y el trabajo por únicas armas. Hércules, en la cuna todavía, ahoga entre sus manos de niño una serpiente vigorosa, lo que significa, en realidad, que el primer paso de la existencia es la primera escaramuza de esa larga batalla que termina con la muerte. Cada momento que trascurre debe contarse por un esfuerzo cumplido, cada huella nuestra debe ser una mancha de sudor, y dificultades y tropiezos no deben ser sino ocasiones para cobrar nuevos bríos y nueva pujanza. De esta manera, si comenzamos débiles y pusilánimes, terminaremos al cabo siendo fuertes y atrevidos, pues con la lucha, el músculo y el ánimo crecen y toman la dureza y el temple del acero. El que se duerme en lecho de plumas ó se relaja en la molicie podrá gozar la beatitud impasible del imbécil, pero no conocerá lo mejor de la vida, que es la embriaguez de la victoria, ni probará jamás las manzanas de oro de las Hespérides, que son las manzanas del éxito. Estas y otras ideas análogas nos sugiere en el Vestíbulo Cua-

drado del Belvedere, el Torso de Hércules, uno de esos mutilados de mármol, gloria del arte. Hércules descansa de sus fatigas sobrehumanas en la compañía de Hebe, su esposa, ó pulsando la lira : tal vez en el blando regazo del amor, tal vez en el santo deleite de la música. Aunque tranquilos, sus músculos conservan un relieve amenazante : ¡ no los provoquéis! : podrían cambiarse en troncos de árboles nudosos ó en resortes formidables, capaces de pulverizar al cuitado que se propusiera, en un arrebato de locura, perturbar el reposo del héroe.

Lo que Hércules realiza con sus férreos miembros y su maza enorme, lo realiza Apolo con sutiles saetas. Apolo es la luz : nacido en la clara Delos, á la sombra de laureles y palmeras, aparece desde entonces á cada aurora en las puertas del Oriente, llevado como en el fresco del Guido por un carro de diamantes, y cortejado por las Horas, las calladas fugitivas. De sus carnes y de su áurea cabellera libre y suelta, el hijo de Latona despide mil dardos luminosos, que matan las

sombras y quimeras de la noche y traspasan las nubes, tiñéndolas de sangre. Apolo es el ingenio, la inteligencia, y aquí, en el Belvedere, lo sorprendemos enviando una de sus flechas invisibles á clavarse en la serpiente Pitón, tiniebla de la ignorancia y espantajo de la envidia. Con la mano izquierda, el dios sostiene el arco, mientras avanza el pie derecho, y sus miradas parecen perdidas en el vacío, serenas y fijas, como las de un combatiente que, después de asestar un golpe rudo á su enemigo, se olvida del combate, distraído por alguna visión, ó más bien desdeñosas, como las miradas de quien tiene seguridad de sus armas y confianza de su propia destreza. Aires de presuntuoso, ha dicho alguien, pero Apolo es juventud, y la juventud es espontáneamente presuntuosa.

Para llegar donde el Apolo y el Torso de Hércules, debemos pasar delante del grupo del Laocoón, si admirable por lo acabadamente ejecutado, más admirable aún por la idea que lo anima. Laocoón, sacerdote de Apolo, ha ofendido á su dios, y éste, en cas-

tigo de la ofensa, le ha condenado á morir, junto con sus dos hijos, entre los anillos de dos grandes serpientes enroscadas. Antes que la filosofía estoica y después el cristianismo santifiquen y sublimen el dolor, ya el arte griego lo ha hecho en mármoles y versos. El dolor sufrido, aceptado como una expiación, es manantial fecundo en virtudes, fuego que consume las orduras morales, purificando los corazones, brebaje amargo apurado gota á gota, entre penas y disgustos, pero brebaje de los dioses porque da la inmortalidad. Laocoón posee la grandeza y el valor del sufrimiento; soporta el propio dolor y el de sus hijos, sin romper en reproches y quejas inútiles; y así, cuando el último estremecimiento de la vida huya de su cuerpo, su alma volará, santificada, de los labios entreabiertos á las alturas del Empíreo. Tal, en el poema de Sófocles, el alma de Edipo, lavada de sus crímenes por una lluvia de lágrimas, sinsabores y amarguras, acrisolada por un dolor incomparable, sube al fin á los cielos, mientras el coro de la tragedia sus-

pira y se lamenta en el anfiteatro lleno de sollozos, y el crepúsculo azul, que precede á las noches de Atenas, baja como una promesa de gloria, dorando las hojas de acanto de las columnas en los templos vecinos.

Después de larga peregrinación por entre personajes y escenas de la mitología, volvemos á la plaza de San Pedro, para de nuevo entrar al Vaticano por el Portone di Bronzo y subir á la Capilla Sixtina.

El fresco del Juicio Final se halla tan pobremente iluminado, tan deteriorado y ennegrecido, que se necesita de muy buena voluntad, ó mejor, de pereza del juicio, dominado por ideas ajenas, para adivinar siquiera en la pared obscura del fondo lo que fué maravilla del arte. Afortunadamente, el cielo de la capilla continúa entero y claro, y así como en él Jehová continúa, omnipotente, único y sombrío, separando la luz de las tinieblas, creando los mundos y estallando en cóleras inexorables que desquician los montes, vuelcan los mares y abren las cataratas del firmamento, para acabar con la raza impura, hija

del pecado, así el genio de Miguel Ángel, continúa también, único, sombrío y omnipotente, cerniéndose, águila solitaria, sobre cumbres inaccesibles.

Quien no ha contemplado, antes de venir á la Capilla Sixtina, las obras de escultura de Miguel Ángel, difícilmente comprenderá una sola pincelada del maestro. Miguel Ángel pintor, es si así pudiera decirse, consecuencia de Miguel Ángel escultor : si cuando taja el mármol, se mueven y animan las figuras colosales del Moisés y el David, bajo su pincel milagroso la forma llega pronto á su apogeo y abandona el viejo molde humano, para no pertenecer sino á un mundo superior de héroes y semidioses. Semidioses y héroes son los Profetas, alguno de los cuales amenaza, con sólo alzar un pie, echar abajo el cielo de la capilla, despedazando cornisas y pilastras. Miguel Ángel no concibe lo pequeño : en tanto que Cellini reduce cosas grandes á joyas diminutas, él hace de la gota de agua un océano sin riberas.

Del espíritu de la antigüedad que engendró

al Renacimiento, Miguel Ángel tomó la fuerza que agobia é intimida, Rafael la debilidad que cautiva y atrae : el primero es empuje viril, soberano y orgulloso, que nunca cede; el segundo es delicadeza feminina que al menor soplo del céfiro se aja y quiebra, deshaciéndose en sonrisas ó lágrimas. La diferencia de genio, carácter y vida que separa á estos dos artistas, es la causa de ese vivo contraste que se experimenta al pasar de la Capilla Sixtina á las Stanze de Rafael. Miguel Ángel vive solo, en la austeridad de un anacoreta, con el tormento de una aspiración jamás cumplida; Rafael va seguido por amigos y discípulos que lo agasajan y quieren, y se mece feliz y confiado como un niño en el encanto de un amor satisfecho; el alma del primero es fragua de titanes, preñada de relámpagos, la del segundo es canéfora rebosante de flores ideales, que deja caer, á cada movimiento, pétalos vaporosos. Miguel Ángel es violencia y delirio, Rafael paz y dulzura; el primero hace de sus Profetas y Sibilas entes sobrenaturales, el segundo, en sus Profetas y Sibilas

de Santa María della Pace, no logra sino embellecer al hombre.

Rafael no se acomoda sino á lo que requiere gracia y fineza, así como en los muros de la Farnesina, cuando pinta los amores secretos de Psiquis y el hijo de Venus ó á Galatea viajando en una concha marina, entre nereidas y tritones. Bajo su pincel, colorido y forma se transparentan, se diafanizan, hasta convertirse en el vago y ligero tul de un ensueño.

Los principales frescos de las Stanze son « La Disputa », « La Escuela de Atenas », « El Incendio » y « El Parnaso » ; pero ninguno como éste último lleva tan bien impreso el sello de la suave originalidad de Rafael. Por el delicioso paisaje en que las Musas respiran, el artista esparció, con la magia y serenidad de la belleza apolínea, toda la frescura y pureza de la corriente clara de Castalia. Apolo, sentado al pie de unos laureles, toca el violín, y las Musas se apresuran á rodearlo y á recoger inspiración en los divinos acordes que brotan bajo el

arco numerosos. Cerca de ahí, Píndaro, Safo, Virgilio, Dante y Petrarca se detienen á escuchar extasiados y suspensos; tan sólo el sublime ciego de Esmirna, encendido por el entusiasmo generoso de los vates, empieza á cantar, y sus versos, abejas inmortales, revolotean entre las copas de las palmeras, fabricando la miel que bajará por las floridas pendientes del Parnaso, á curar como un bálsamo y á reconfortar como un vino el corazón de los hombres.

***

Al cabo de un mes, durante el cual visitamos diariamente palacios, villas, templos y museos, debemos partir con gran tristeza de nuestra curiosidad no satisfecha todavía, porque no ha podido ver el último de los escombros ni llegar al último rincón sembrado de obras de arte. Á esta tristeza se agrega la nacida de lo inseguro y dudoso de la vuelta: ¿quién sabe si el día venidero nos reserva la cruz de la enfermedad ó el lecho de la tumba?

Cuenta la tradición que los antiguos romanos, antes de abandonar la ciudad nativa y para asegurar su regreso á ella, se dirigían al emprender un viaje á beber el agua de la fuente de Trevi. Una de las más bellas del mundo, con su Neptuno, sus estatuas de la Salud y la Fecundidad, y sus Tritones que retozan y juegan, lanzando espumosos y bullangueros chorros, la fuente de Trevi está situada no lejos de la vía Frattina, donde habitamos, y forzoso nos es pasar con frecuencia á su lado, sin que se nos ocurra jamás refrescar nuestras fauces con un sorbo de su agua limpia y cristalina. Pero la verdadera fuente, cuyas linfas poseen la virtud de hacer regresar al que se aleja pesaroso de la ciudad de las siete colinas, está en los ojos y los labios de esas romanas que nunca nos saciamos de ver, á las horas de paseo, por el Corso y el Pincio, y que encierran como en un solo búcaro todos los atractivos prodigados por la naturaleza en las mujeres de Italia : la gracia milanesa, la elegancia florentina, los ojos napolitanos y el romanticismo

soñador que baja de las ventanas ojivales y se desliza con la góndola misteriosa por los canales de Venecia.... Y cuando, por fin, partimos al través de la campiña desierta, la imagen que religiosamente guardamos y enaltecemos en la memoria no es la del Coliseo ni del Acueducto, no es la de Venus Capitolina ni del Apolo del Belvedere, sino la de un rostro blanquísimo de muchacha romana que, asomándose entre las dos hojas de una puerta, nos sonrie y se despide de nosotros con las palabras más bellas y melodiosas de un italiano hablado con inflexiones de voz que halagan y acarician.

NÁPOLES

NÁPOLES

Por fin aparecen á los lados de la línea férrea empalizadas verdes, durazneros en flor, pedazos de tierra cultivados, y se divisa á lo lejos el Vesubio, el adusto monje de cóleras rojas, envuelto en su capuchón de cenizas. Á medida que el tren avanza, se levanta sobre la capucha una gruesa columna de vapores que, á cierta elevación, batida por el viento, se cambia en ancha faja y termina después en un obscuro nubarrón que cubre el horizonte. Fuera de aquel punto

negro, todo, en la immensidad del cielo, es de un azul sereno y profundo. Al principio, no se distingue sino la cumbre, escueta, sin un arbusto, cubierta de lava. Luego, sobre la tierra negruzca resalta la mancha verde de los viñedos, interrumpida de trecho en trecho por la blancura de quintas y caseríos. Los caseríos van insensiblemente juntándose, y de improviso se extiende ante los ojos una gran ciudad : la deliciosa Parténope de los antiguos, la ociosa Nápoles, reclinada perezosamente, como una belleza oriental, á las orillas del golfo.

***

Para conocer de cerca á Nápoles, no se debe seguir el camino vulgar señalado por las guías, ni mucho menos ir á parar á hoteles recomendados, dispuestos según los hábitos franceses, á pasar horas amargas en una *table d'hôte*, entre alemanes llanotes é inglesas remilgadas. Por eso propuse á mis compañeros de viaje lanzarnos al encuentro

de lo imprevisto, en busca de aventuras. Mi proposición fué aceptada : se relegó el Baedeker al fondo de un gran bolsillo de sobretodo, y alegres y con un poco de miedo como chicos que, á escondidas, en vez de ir á la escuela se van de paseo, asaltamos una carroza, cuyo cochero recibió orden terminante de llevarnos á un *albergo* puramente napolitano. Y, *via via*, comenzamos á descender por aquella larga y empinada calle que va de Porta Capuana á la Marinella. Pasamos al lado de un inmenso edificio, y luego bajo una vieja puerta para empezar á rodar siguiendo los viejos muelles. Á la derecha corre una hilera de tiendas de baratilleros y mercaderes judíos, pegándose como humilladas, con sus techos de grosera tela, al pie de caserones altos y ennegrecidos; á la izquierda, hay un grupo de covachas de madera que despiden tufos de peces manidos, y más lejos, sobre el mar, las masas obscuras é inmóviles de las embarcaciones que con sus cuerdas, escalas y mástiles se proyectan en el cielo como un bosque fantástico. De repente nos

encontramos en otra calle, seguida por el cochero para economizar tiempo y camino, y las tiendas de baratilleros continúan, pero ya de ambos lados, de suerte que la calle toda, estrecha y mal pavimentada, parece un inmenso bazar. Salir de esta calle y llegar á la Piazza Municipio es una transición casi idéntica á la que experimentaría quien pudiera ser trasladado, en el espacio de un segundo, de un barrio de Bagdad á un centro por lo menos á medias europeo. Á la estrechez del trayecto recorrido sucede la holgura de una plaza anchurosa; á la escasa luz que vierten fanales primitivos, la que esparcen los focos eléctricos, y al silencio que suele reinar á esa hora en los barrios pobres, el bullicio de una multitud inquieta, nerviosa, preocupada solamente con el deseo de emociones intensas.

Hemos llegado : el ancho portal de piedra, las macizas paredes, la escalera espaciosa que conduce al primer piso, denuncian una sólida construcción española. En el primer piso se encuentra la habitación de un geren-

te ó cosa parecida, señor alto, huesoso, con gafas, que me acoge seriamente, y á mis modestas pretensiones responde con un estupendo despropósito, el imposible mayor con que pudiera tropezarse nuestra bolsa de estudiantes viajeros. Protesté de una manera resuelta, pero al mismo tiempo tranquila y comedida.

Quise despedirme, y siguió entonces un cuarto de hora que no olvidaré nunca : el señor alto, huesoso, se dió por ofendido, me dijo que yo quería quitarle el pan de su familia, y amontonando desatinos, habló del oficio duro y poco productivo, de la estación que empezaba, de los extranjeros que venían, y todo esto salpicado con exclamaciones exageradas, interjecciones de color bastante subido y blasfemias que habrían hecho enfurecer á cualquier creyente, si no le hubiesen puesto en la confusión medrosa en que á mí me pusieron. Mientras los vocablos hiperbólicos, descomunales, fluían y fluían, los músculos de la cara, de los brazos, del cuerpo entero entraban en acción, produ-

ciendo la mímica más disparatada. Al grupo que formábamos el gerente y yo se agregó un mozo del hotel, seguido luego por dos ó tres más, de manera que al cabo de pocos instantes, me hallaba aturdido, sin medio de tomar una retirada honrosa, delante de cuatro ó cinco personas que, á la vez y con la misma exaltación, hablaban y hacían gestos. Nada de extraño que me creyese por un momento en pleno manicomio ó cazado como un tonto en guarida de salteadores. Me escabullí, todavía no sé cómo; pero me escabullí, respiré con fruición el aire fresco de la calle y me uní á los compañeros, ya un tanto alarmados por mi tardanza, para seguir buscando más hospitalario abrigo.

Más tarde, cuando me preparaba á reposar y dormir, con la misma alegría íntima del que ha estado á punto de perder la libertad y se ve completamente libre, me representaba la escena violentísima y sin causa, y creía con firmeza que aquellos hombres eran locos de atar ó rateros desvergonzados. Pues, ni una ni otra cosa : simplemente napolitanos. En

los días sucesivos me convencí de ello : en el auriga tuerto del Largo Medina que se irritó lo indecible por el más inocente error; en el *cicerone*, empeñado en guiarnos por donde no queríamos ir; en el café, en el teatro, en el salón, en personas de todas las clases volví á ver los mismos gestos y á oír el mismo lenguaje. Era que yo no sabía, como supe entonces, lo que significa ser meridional, nacer á los pies del Vesubio, en la costa más hermosa del Tirreno, y vivir respirando el ambiente perfumado por los naranjales de Sorrento. Eso significa tener un temperamento siempre vibrante, dispuesto á exagerar todas las sensaciones y sujeto por consiguiente á entusiasmos y abatimientos dolorosos; expresarlo todo en una mímica muda y poseer un dialecto rico, lleno de colorido y de primores, chispeante, violento, blasfemo; caer en la inmovilidad perezosa de los *lazzaroni* y ser todo hormigueo, electricidad, movimiento continuo. Como si por el cuerpo de los napolitanos no circulase la sangre vulgar que en los otros hombres, sino

una mezcla extraña de mosto hirviente y rayos de sol licuados.

Nuestro primer día fué de trajín y fatiga. Habíamos dejado en la estación parte de nuestro equipaje, y hubimos de sostener una lucha encarnizada contra mozos de estación, cocheros y portadores de maletas. *Cocchieri*, *facchini*, *ciceroni* y mendigos de toda especie están fuertemente unidos con el único objeto de esquilmar al extranjero desprevenido, convirtiéndole así el placer de los viajes, de por sí bastante mezquino á veces, en hiel y disgustos. Esta población de Nápoles y de las aldeas vecinas, desde Herculano á Castellamare, ha sido, junto con la suciedad de sus calles, injuriada en exceso, pues contribuye con mucho á la belleza de aquella tierra.

La belleza vive en la mugre como en el celaje. Lo puro y lo casto no son condiciones necesarias de lo bello. El bandido calabrés interesa más al artista que la virgen inmaculada pero incolora. El pantano de las grutas cristaliza en agujas de estalactitas lumino-

sas; y entre las escorias arrojadas por el volcán, las hay que vencen, en manos del obrero, la púrpura de los rubíes pálidos. El barrio que habíamos atravesado, ya de noche, á nuestra llegada, resulta, recorrido en pleno día, una acuarela. El melindroso elegante se tapa las narices y vuelve los ojos, pero no falta quien se extasíe, contemplando, sin que los vahos del mercado de peces lo mareen, de un lado las cuerdas tendidas á lo alto de las paredes y cargadas de pingajos, que brillan al sol con asombrosa diversidad de matices, del otro lado un laberinto de jarcias que navíos ruinosos alzan en los aires.

Desde este barrio basta la *via* llamada antiguamente de Toledo, centro del alto comercio napolitano y que recorrimos lentamente de uno á otro extremo, se camina como en medio de una fiesta. Este pedazo de Nápoles es, en efecto, la fiesta del color. Las retinas se fatigan con la impresión policroma de tipos y cosas. El vendedor de aguas frescas; la verdulera de vistoso traje que pregona con acentos extraños su mercancía;

el pillete que fabrica barquillos de papel, sentado frente al teatro de San Carlos, en el borde de una acera, con los pies en el arroyo, el cuerpo vestido de retazos y la cabeza cubierta con un gorro encarnado; el tenducho de judío, con los escaparates llenos de obras de coral que lanzan á través de las vidrieras destellos de sangre; la venta donde truena la voz grave de una chica simpática, mientras una fuente, en que nadan peces de reflejos dorados, esparce rumor y frescura, y se alzan pirámides de limones dulces que provocan á morder en la corteza de un amarillo diáfano; la calle que parte cortando transversalmente la de Toledo, tan estrecha que las ventanas de las casas opuestas parecen tocarse y hace pensar á uno de nosotros en lances románticos de amantes ardorosos y escalas y demás en las horas avanzadas de la noche; hasta el *ristorante* en que penetramos hacia el medio día y que cuelga, como jardín babilónico, sobre la calle, un balcón repleto de tiestos de flores, todo nos sorprende y cautiva.

Una muchedumbre de curiosos llenaba, en las primeras horas de la tarde, la *via* de Toledo. La sociedad elegante de Nápoles iba al campo de carreras. Empujados de un punto á otro, comprimidos y magullados por todas partes, nos unimos á la multitud, para presenciar también el brillante desfile de carretelas lujosas, de *mailcoach* rebosantes de damas y gomosos; de caballos de raza con el cuello largo y las piernas delgadas y nervudas; y de ojos pecadores de trigueñas, capaces de hacer flaquear la virtud más austera. En el recuerdo ya confuso, como en medio de un deslumbramiento, miro la calle extenderse muy larga, con una ola viviente en la calzada y las aceras; en los aires, sobre las cabezas, como una lluvia de lentejuelas, y al final de la calle, en un apartado aposento del Museo Nazionale, figuras gloriosas de rostros angélicos y cuerpos de cortesanas que se destacan del fondo negro de un fresco de Pompeya.

* * *

Chiaia, con su famoso *aquarium*, uno de los mejores del mundo, donde pueden admirarse las más raras especies de la fauna marina; con su anchurosa avenida, flanqueada de hoteles y palacios suntuosos, con su bello jardín de cuadros ordenadamente dispuestos, es un paseo de ciudad moderna semejante á uno cualquiera de París, Viena ó Londres. En cambio, nada hay de la originalidad que abunda más allá de la Piazza Municipio, en los callejones sin luz y en las casas como embadurnadas de hollín y medio vestidas con las redes y ropas de los pescadores puestas á secar. En los alrededores de Chiaia es donde se alojan los forasteros ricos.

*
* *

En el extremo norte de Chiaia comienza la pintoresca ribera de la Mergelina, costeada por un camino algo pendiente que conduce al Posilipo. En recorrer este camino se invierte aproximadamente media

hora; pero el tiempo se reduce á un instante, porque el paisaje que poco á poco se va descubriendo y que puede abarcarse de una sola ojeada al llegar á la cumbre del Posilipo es uno de los más hermosos de la tierra : Nápoles todo y Pórtici y Resina; detrás de Nápoles, el Vesubio como un guardián celoso; enfrente, el golfo, cerrado á la derecha por Ischia y Prócida que surgen de la onda plácida como sirenas, y hacia el sur y á la izquierda por Capri, adivinada más que vista, escondida en la niebla como avergonzada de haber sido la última querida de un tirano decrépito.

Muchas veces nos sorprendió después la noche, durante nuestra corta estada en Nápoles, gozando de aquel paisaje en la cima del Posilipo. Ningún punto mejor que éste para saborear la magia de aquellas noches napolitanas claras y azules. Un cantor ambulante, dice bajo el emparrado, en el patio de la hostería, una canción de amores tristes; caen las sombras; se puebla el cielo de estrellas; fugaces fosforescencias se encienden en

las aguas del golfo y un resplandor rojizo brilla en el cráter lejano. Á lo largo de la playa centellean las luces artificiales, y Nápoles se duerme, riendo y soñando, como descuidada hija de gitanos acostada en la margen de un camino húngaro, hermosísima y vestida de andrajos.

ALREDEDOR DE NÁPOLES

ALREDEDOR DE NÁPOLES

I

Ya cerca de las doce del día nos encontrábamos en la grada superior del anfiteatro de Pompeya, donde Conde y Baptista, siempre en disputa, nos divertían con una discusión histórica, medio seria, medio burlesca.

En la mañana, muy temprano, habíamos traspasado el recinto de las ruinas con el recogimiento con que se pisa polvo de osarios y se camina entre sepulcros. Al pasar la puerta, el guía á quien fuimos encomendados nos llevó á un pequeño museo en el que,

además de una multitud de objetos peregrinos que ya habíamos visto en el Museo Nacional de Nápoles, nos mostró algunos esqueletos de seres humanos, sorprendidos por la catástrofe en las actitudes del más angustioso dolor ó del placer más intenso.

Á poco andar, las ruinas sonreían. En los *impluvi*, en los triclinios, en las calles de lava, en todas partes salía á nuestro encuentro la sonrisa seductora de la antigua Pompeya, de la cortesana que, desceñida la túnica griega y con gritos de bacante, llamaba al viajero desde la orilla del camino. Parece como si el mismo desastre que la sepultó bajo el polvo no hubiera sido sino un capricho de mujer fácil que, habiendo apurado todos los placeres, quiso apagar el último espasmo de su cuerpo voluptuoso en un tálamo de cenizas ardientes, entre dos ríos de lava.

Llovió fuego y escorias, pero en los frescos obscenos del lupanar, en las termas, en los mosaicos que celebran el triunfo de un guerrero ó los amores de una diosa, continúa la orgía de luces y colores. La costumbre

infame huyó de las ricas viviendas, hoy deshabitadas, para llegar hasta nuestros días, vestida á la moderna, en los pueblecitos ribereños y sobre todo en Nápoles, por cuyos jardines públicos se ven errar de noche sombras temblorosas de miserables abrasados por el más torpe de los deseos. Aquella naturaleza de senos ardorosos es la gran culpable. El hombre no es sino un juguete del cielo siempre fulgurante, de la onda glauca y perezosa, del viento cargado de olores, de las vides que tienden por las laderas del Vesubio, como por las sienes de un sátiro ébrio, sus racimos y sus pámpanos.

*
* *

Desde el anfiteatro veíamos, aislado, blanco y luciendo en la fachada su pretencioso nombre, el « Hotel del Sole », donde debíamos almorzar y hacernos de cabalgaduras para nuestra proyectada ascensión al Vesubio.

Cuando llegamos al hotel, el comedor estaba lleno de viajeros. El hostelero, después de concertar con nosotros las condiciones de

la ascensión, nos dejó instalados alrededor de una mesa y se marchó á dar órdenes. Entonces empezó la escena de bromas y rechiflas, repetida todos los días á aquella misma hora. Ya el blanco de las burlas es Conde con su voluminoso y pesado cuerpo que rezuma salud y bienestar, por haber asegurado que el tinto le producía una jaqueca de todos los diablos, para desmentirse después, haciendo libaciones tan copiosas como las de cualquier hijo de vecino, y soñando, según agregaba socarronamente Rubira, de noche y en voz alta con botellas de Chianti colosales, panzudas como él y de cuellos largos, tan largos que llegaban á las nubes; ya es el mismo Rubira, el simpático guayaquileño, por la taza de té que toma invariablemente cada mañana, por sus brusquedades de genio, por su italofobia y hasta por los frailes de su tierra; ya es Baptista, el de la barba morisca, por sus quejas de político escaldado y su empeño de aprender italiano en una guía mal informada y peor escrita; ya es, finalmente, Rodríguez,

apasionadísimo, bilioso, desequilibrado, como artista constreñido por vicio de educación á vivir en un medio que no es el suyo. Mortificábamos á Conde preguntándole cómo se las iba á componer para llegar hasta el cráter con sus doscientas libras completas, cuando entraron pasando cerca de nosotros, para ir á sentarse alrededor de una mesa vecina, dos de esas aves de paso que se van en el verano de playa en playa ó de ciudad en ciudad, picoteando con su volubilidad de parisienses en todos los placeres, ni más ni menos que como sus hermanitos los gorriones, de cabezas vacías, en los granos del sendero. Rodríguez, enfermo con la eterna manía de las faldas, comenzó á sonreirles, á lanzarles como distraídamente palabras comprometedoras y á hacerles muecas, y no se dió por satisfecho hasta que no le gritaron una cita y le dijeron adiós, agitando los pañuelos, desde la carroza destartalada que las conducía una hora después hacia Nápoles, por la gran carretera, entre una polvareda de oro.

Los caballos en que habíamos de ir hasta

los pies del Vesubio estuvieron pronto enjaezados. No merecían de un todo el epíteto de « esqueletos automáticos » con el que los había caricaturado Sierra, nuestro amigo chileno. Eran, sí, pobres jamelgos meditabundos, bastante desmedrados, sin duda parientes muy cercanos del gran Rocinante, perla de las caballerías. El único que podía lucir redondeces y bríos juveniles era el que se había reservado para sí el taimado muchacho, guía del hotel.

Cuando la cabalgata se ponía en marcha, se agregó á nosotros un doctor alemán, de barba rubia, que habíamos conocido en el Congreso médico de Roma.

Al principio, cada jinete reclamaba el auxilio del guía á fin de hacer salir á las cabalgaduras de un andar lento y reposado que irritaba los nervios. El pobre muchacho, sin saber cómo contentar á todos, corría de un punto á otro, bajo una lluvia de improperios, vapuleando sin pizca de misericordia á las pobres bestias con la vara rugosa, cortada al pasar en una cerca.

No sé cómo, pero es lo cierto que el vapuleo produjo admirables resultados, y entonces fué una carrera desatentada, en la que un jinete se halló de pronto sin un estribo y otro se golpeó una tibia contra un vallado, mientras que los demás continuábamos por entre las viñas, por los caseríos silenciosos donde los lugareños, alarmados por el ruido, se asomaban á ventanas y puertas, y no nos reunimos sino lejos, en una casita apartada del camino, donde según el guía era imprescindible que nos detuviéramos á refrescar el cuerpo sudoroso, reposando á la sombra, con un vaso, por delante, lleno hasta los bordes de un vino turbio, color de agua cenicienta, casi recién sacado del lagar, fogoso Lacrima Christi, caliente humor de aquella tierra volcánica.

*
* *

En el punto en que dejamos los caballos para continuar á pie la ascensión, ocho ó diez hombres vinieron á nosotros, ofreciéndonos las cuerdas y los bastones de que esta-

ban provistos. Uno de ellos, viejo, todavía muy fuerte, caminó detrás de mí durante más de un cuarto de hora, tratando de convencerme de que debía asirme de su cuerda para evitar un gran peligro. Como yo no le hacía caso ninguno, se exasperaba y poniendo un semblante angustioso se deshacía en grandes exclamaciones : *Per Cristo!... Per la Madonna!... Volete cascare?... Vi dico che c'è pericolo!* El peligro, en realidad, no existe, pero la naturaleza del terreno hace inevitables, caminando sin apoyo, el cansancio y la fatiga. Á cada instante, el pie se hunde en la escoria deleznable que se desmorona y rueda. Por eso todos, al fin, nos dejamos arrastrar asidos de cuerdas, excepto Baptista que llegó solo y sin auxilio ninguno hasta la cima. Entre tanto Conde había resuelto, por la muy poderosa razón de su corpulencia, hacerse conducir en una especie de silla, sostenida por los hombros de cuatro guías, de manera que, como dijo el alemán, nuestro compañero parecía rey indio ó ídolo chino, montado en una peana y llevado en procesión.

De cuando en cuando nos detenemos á tomar respiro y admirar el paisaje más y más ensanchado á nuestros pies. — *Wunderschön!... Wunderschön!* clama incesantemente el alemán, mientras le bailan los ojos entusiastas y enseria la cara plácida y bonachona de Apolo germano. La riente costa campánica, salpicada de bosques de olivos y de aldehuelas blancas, Nápoles, el zafiro del golfo, las islas borradas en la azul lejanía, todo eso lo vemos á través de una neblina vaga y tenue, bañada por lampos rosados de sol moribundo, como en el ensueño de una hurí.

Algunos pasos más, y hemos llegado á la cumbre. El viento abate sobre nosotros el penacho gris del Vesubio, y los vapores sulfurosos nos arrancan tos, estornudos, lágrimas y gritos de asfixia. Rodríguez, hecho una lástima, entre lloros y quejas, habla de descender inmediatamente, y no es sino á viva fuerza que logramos llevarlo por sobre grietas humeantes, orladas de hermosos cristales de azufre, hasta el borde mismo del cráter. Una columna de humo impenetrable

llena el abismo. Por las entrañas de la tierra se prolonga continuo, amenazante, un estampido sordo; luego resuenan tableteos de truenos, descargas de fusilería de ejércitos que se aproximan combatiendo; y por último, como una flor gigantesca de pétalos de fuego que rasga bruscamente el opaco broche de humo que la cierra, una gran llamarada, partida en mil lenguas, viene á besar furiosamente la boca del monstruo.

Rubira recuerda con entusiasmo los volcanes de su país y habla desdeñosamente del Vesubio dormido. El Vesubio duerme con la modorra del borracho que, tendido al desgaire, rezonga de cuando en cuando con la pipa en la boca. Pero también de cuando en cuando el sueño es interrumpido por vómitos de escorias, de piedras y cenizas. Entonces, la corriente de lava, corriente de rubíes fundidos con destellos de plata y centelleos de esmeralda y oro, baja quemando los flancos del monstruo, consume sarmientos, árboles, villas, ciudades y llega muchas veces á turbar con su ola carmesí el misterio azul del Tirreno.

El descenso es rapidísimo. Corremos, y más de uno se improvisa, por su imprudencia, un lecho nada suave en la escoria movediza. Conde solamente se mantiene todavía encaramado en su peana, y los guías entonan debajo de él la canción de los *maccheroni*, como que pronto van á tener en sus manos un billete de veinte y cinco liras, destinado á cambiarse por pastas, vino y amor.

Cuando volvemos á montar á caballo, ha cerrado la noche. Por entre los viñedos sumidos en la sombra, sobre los flacos jamelgos, galopamos de nuevo, locamente, con la algarabía de brujas que van al aquelarre, cabalgando sobre palos de escobas, la noche de Walpurgis.

II

Á las nueve de la mañana del día siguiente nos embarcamos, no lejos del Castel dell' Ovo, en el vaporcito que hace de continuo la

travesía de Nápoles á Capri. Á duras penas hallamos sitio para nosotros en el pequeño puente, ocupado ya por multitud de viajeros, la misma multitud abigarrada que invade las galerías artísticas, hablando á un mismo tiempo todos los grandes idiomas de Europa. Algunos aislados y silenciosos, los demás viajeros se reúnen formando grupos; y de las conversaciones parciales, y de las frases y palabras lanzadas de uno á otro lado, resulta un barullo babélico, ininteligible, en el que predominan las lenguas alemana é inglesa. Hermanas de no recuerdo qué orden religiosa van de grupo en grupo, pidiendo una limosna, hasta el momento en que se da la señal de la partida.

El vaporcito se mueve, alejándose de la orilla, para pasar delante de la Marinella y de sus negros esqueletos de navíos, y seguir después, siempre á cierta distancia, la línea de la costa. Los pasajeros se apresuran entonces, provistos ó no de anteojos, á ver y escudriñar el paisaje que, en este pedazo de Italia, asalta á cada instante los ojos, siempre

igual y siempre nuevo, dominado por el Vesubio y cerrado por una gasa de niebla rósea en el remoto horizonte marino. Sólo un viejo, extraño hijo de Albión, la cabeza metida entre las dos hojas de un enorme periódico, escrito en caracteres pequeños, lee, ocupación peregrina en aquellas circunstancias. Con la esperanza de una buena cosecha de sueldos, un hombre de Nápoles canta en la cubierta, acompañado de dos medianos instrumentos. Á mi lado, una pareja de enamorados tudescos gordiflones teje un idilio con sonrisas, miradas y frases dichas en voz queda, en tanto que las canciones napolitanas gimen en el ambiente radioso de la mañana de abril con los suspiros de un inmenso deseo comprimido, y nuestro esquife, á la vez rápido y liviano, resbala como una caricia por el vientre azul y harmonioso de las ondas.

*
* *

De los que habíamos hecho juntos la ascensión del Vesubio, faltan á bordo Sommer, el alemán, y Baptista, que debe ir camino de

Roma. Como en casos análogos y á fuer de amantes de lo bello, nos ocupamos al principio en inspeccionar nuestras compañeras de viaje, y, según el voto autorizado de Rodríguez, es una muchacha tirolesa de ojos negros la que merece las palmas de la hermosura.

Muy pronto Rodríguez y Conde han de renunciar á todo lo que les rodea, abstrayéndose en un doloroso mal humor, con frío en las manos y palidez en el semblante, porque la sirena que habita las profundidades del golfo los ha enfermado con el brillo de sus ojos glaucos y mareantes.

Á medida que avanzamos hacia el sur, dejando atrás á Torre Annunziata, Pompeya, el Vesubio, Castellamare, más y más admiramos el azul de las aguas, apenas comparable con el des las aguas que besan la encantada ribera donde Canas y Niza ríen entre los limoneros y se levanta Génova, la orgullosa, entre un bosque de camelias.

Como en una escala cromática de color, se van sucediendo los matices, cada vez más acentuados, hasta llegar al azul intenso, pa-

roxístico, que tiñe como una disolución de zafiros el obscuro acantilado, desde lo alto del cual, la blanca Sorrento se inclina á mirarse coquetonamente en el espejo del golfo, medio vestida con el manto verde sombrío de sus naranjos, salpicado de puntos de oro.

De Sorrento, donde algunos viajeros desembarcan, nos dirigimos hacia la costa norte de Capri. Cuanto más nos acercamos al inmenso islote, y mejor distinguimos sus promontorios, sus picos y sus cuestas empinadas, más difícil se nos hace creer que tal islote sea Capri, la misma que fué delicia de emperadores. Casi, en la escarpada y abrupta costa, no se descubre un punto donde se pueda poner en tierra el pie, sin tener que trepar inmediatamente, á la manera de las cabras, asiéndose de las asperezas de la roca.

Nuestra embarcación suspende lentamente su marcha y se aproxima á un grupo de botes que esperan á los pasajeros, para conducirlos á visitar la famosa Gruta Azul. Cada barca admite solamente dos pasajeros, y éstos deben ir acostados en el fondo para pasar al interior

de la gruta por el estrecho agujero, de apenas medio metro de altura, que sirve de entrada. El remero, con una agilidad pasmosa, hace penetrar la barca, apoyándose en el marco de piedra de la entrada, al mismo tiempo que, evitando un golpe, echa hacia atrás el cuerpo hasta acostarse á su vez casi por completo.

Ninguna de las bellezas naturales que hasta ahora hemos visto tiene el carácter ideal y fantástico de la Gruta Azul. Si no fuera porque de todos lados se elevan las voces de los viajeros con interjecciones de sorpresa y asombro, nos podríamos imaginar trasportados, como en las viejas historias de encantamiento, al país de las hadas. Vienen á la memoria cosas vistas á una luz dudosa, como la nave recogida de una capilla gótica á la hora del crepúsculo; las creaciones de la leyenda y el sueño toman cuerpo y vida reales, y la razón no se atreve á negar la existencia de las cuevas subterráneas que los gnomos habitan entre riquezas cuantiosas, ni la existencia de los parajes escondidos y frescos, adonde las ninfas van á contarse, entre risas

que suenan como cristales que se rompen, anécdotas deliciosas de sátiros burlados.

El azul de las aguas, en lo interior de la gruta, se degrada, se desvanece y toma una diafanidad indefinible. Del agua traslúcida se desprende una como suave luz azulada que se refleja en las paredes de la roca y forma, elevándose á cierta altura, una vaga penumbra, por encima de la cual el cielo de la gruta queda sumido en las tinieblas. De aquí lo indeciso y esfumado de los contornos, que hace pensar en un cuento nebuloso de poeta enfermo; de aquí el inefable misterio de alcoba nupcial que flota en la penumbra azul pálida, á cuyo fulgor discreto vendrían á festejar sus bodas, bajo el cielo de estalactitas, ondinas y nereidas del océano y gnomos de la tierra.

En la Gruta Azul, así como en Pompeya y Sorrento y en toda la costa, desde Pozzuoli á Capri, el viajero se convence de que en las entrañas de la Grande Hélade no ha cesado nunca de arder y palpitar el viejo corazón del paganismo. Aun más, el viajero, por poco

impresionable que sea, se reconoce en el fondo medio pagano. Es de observación vulgar la influencia que ejerce el paisaje sobre quien lo atraviesa, provocando en éste un estado de alma más ó menos duradero, según el temperamento de cada uno, pero siempre alegre ó triste, según sea el paisaje mismo alegre ó triste. La campiña romana, estéril, desolada, casi desierta, es imagen de la muerte, de la nostalgia, del vano y cruel ascetismo del cenobita. Aquí, al contrario, al través de este paisaje bañado de sol, respirando un aire embalsamado, delante de la tierra amada de los dioses, propicia á la vid y al laurel, sobre un mar impasible y tranquilo, como sumido en quietud espasmódica bajo la furia de un beso prolongado, — mar que va dilatándose en risueñas ensenadas, lamiendo rocas negras coronadas de naranjos y de olivos, sorprendiendo el secreto de fantásticas grutas, — se percibe y goza la intensa alegría de la vida, que es la esencia misma del paganismo.

Con estas ideas y sensaciones, natural nos

parece que encontremos á Capri, al desembarcar, tal como Tiberio la transformó en uno de sus últimos delirios, cuando ordenó á los habitantes de la isla vestirse de ninfas y faunos y les mandó sacrificar al amor en caminos y veredas, al borde de los precipicios y en el hueco de las peñas; natural nos parece ver de pronto incendiada la isla con el esplendor de una fiesta dionisiaca, esplendor de miradas lúbricas de sátiros, de castas desnudeces de ninfas, de coronas, guirnaldas, tirsos y racimos dorados de granos hermosos, henchidos de miel sabrosa y tibia.

* * *

Lo que hallamos en realidad, á nuestro desembarco, es sólo una turba impertinente de empleados de hotel, cada uno de los cuales nos recomienda el hotel á que pertenece, alabando en todos los tonos sus comodidades, sus precios y su cocina. Cuando, al fin, podemos librarnos de estos moscardones, comenzamos á subir á pie el camino que va de la playa á la aldea que lleva el mismo nombre

de la isla. Á corta distancia del puerto, en el hotel Bristol, situado á la derecha del camino, resolvemos detenernos, á fin de almorzar antes de proseguir nuestra excursión. El posadero, con el aire satisfecho de quien cree ser agradable, nos dirige la palabra en español. Ha pasado algunos años, nos dice, en la República Argentina, pero ya su español, de tiempo en tiempo adulterado con modismos italianos, apenas merece el nombre de tal : venga ó no al caso, cada vocablo arrastra al final una ese que el buen hombre se complace en silbar. Hablando con él, Conde y Rubira remedan su manera de decir, y más de una vez Rodríguez y yo hemos de hacer grandes esfuerzos para no soltar la carcajada. El posadero, afortunadamente, no se da cuenta de la burla y no cesa un instante de ser amable con nosotros.

Almorzamos en un ancho balcón, de donde podemos seguir contemplando el golfo y la costa, lo que no contribuye poco á la ruidosa alegría que durante el almuerzo reina, alegría aumentada por ese vino de Capri, sangre

de topacios, ligero y traidor, que deja en los labios un vago perfume y despierta en la garganta la sensación del terciopelo.

Luego el posadero, siempre cortés y hablándonos su gracioso español, nos acompaña hasta el camino, después de hacernos pasar por un pequeño huerto, propiedad del hotel, sembrado únicamente de naranjos.

Nuestra intención es visitar á Timberio, como llaman los de la isla el sitio en que todavía se levantan las ruinas de un palacio que fué residencia de Tiberio.

En general, para ir á Timberio, los viajeros lo hacen montados en jumentos que se alquilan con tal fin en la plaza de Capri; pero, desgraciadamente, cuando llegamos á la plaza de la aldea, ha sido alquilado ya el ultimo borrico. Así es que hemos de continuar á pie, acompañados de un chicuelo de diez á doce años que sirve de guía, y soportando pacientemente los ardores de un sol que nos envuelve como una llamarada. De la aldea á Timberio invertimos media hora, por una vereda tortuosa, difícil, que sube lentamente,

festoneada, en algunos sitios, de higueras, durazneros y perales. Donde la pendiente se hace más brusca, reposamos un instante; y en una de estas ocasiones, una muchacha sale de una casa vecina de labriegos á ofrecernos una botella de vino : rehusamos, temiendo se nos haga tarde, y prometemos beber á la vuelta, no una, sino dos botellas. Peppenella, que así se llama la muchacha según informes posteriores de Rodríguez, realiza el tipo de belleza de las italianas del sur : un cuerpo sin garbo y una cara morenísima con un par de ojazos obscuros, incendiarios, que trastornarían á cualquiera. Dígalo, si no, Rodríguez, quien se cree en presencia de una pastorcita ruborosa de égloga virgiliana. En la manera y la voz con que nos invita sin insistir, se entrevé un alma de niño tímido, lo que contrasta singularmente con su oficio de asaltar al caminante, obligándole á vaciar la bolsa en cambio de una botella, y establece una gran diferencia entre ella y las otras chicas con las qué, instantes después, nos tropezamos en Timberio mismo,

descocadas, libres, de mirar insolente, prontas á contestar un requiebro con una injuria, y dispuestas á toda hora del dia á engañar al extranjero con un simulacro de tarantela. En la casa edificada en el lugar de donde Tiberio, según dice la tradición, hacia arrojar sus víctimas al mar, todos los extranjeros caen en el lazo, y nosotros no hacemos excepción. Después de servida la botella de ley, previo el escote de una lira, empieza el baile : á los sones, arrancados á un tamboril por una vieja parca disfrazada de bacante, chicas y mozos se entregan al desordenado movimiento de una tarantela falsificada, contrahecha, pálida y ridícula imagen de la famosa tarantela, delirio de la danza.

Las ruinas del palacio son insignificantes, y lo que en Timberio atrae y esclaviza la atención, es el soberbio punto de vista. Timberio se halla en la cima de una roca bruscamente cortada desde una elevación considerable hasta el agua profunda de un sombrío azul. Con una sola mirada abarcamos la isla entera y el espectáculo del golfo y la

costa brumosa, espectáculo ante cuya soberana grandeza, Rubira no puede contenerse y rompe á gritar, desde lo alto de un faro ruinoso, los versos de un poeta americano.

Los recuerdos de la mañana, el vino de Capri, la tarantela y Peppenella misma producen en nosotros una extraordinaria excitación, como el principio de una embriaguez divina, bajo cuya influencia descendemos, ya de regreso, riendo y cantando por la vereda y al través de la aldea, hasta la playa silenciosa... Y así terminó lo que podríamos llamar nuestro día de Capri, alegre, inolvidable, luminoso; inolvidable, sobre todo, para aquel á quien sorprendió, á la orilla de la vereda, bajo los durazneros en flor, una ráfaga de amor campesino, efímero y casto como un perfume; inolvidable sobre todo para él, pues para él pasó completo, lleno con las tres cosas que resumen, al decir de Lutero, todas las bellezas y dulzuras de la vida : canto, mujer y vino.

CONSTANTINOPLA

CONSTANTINOPLA

Los empleados de aduana y los médicos nos acogieron con una sonrisa zumbona, como alegres de ver nuestra sorpresa ante la agradable perspectiva que teníamos por delante: cuarentena de veinticuatro horas. Una epidemia de cólera estaba haciendo víctimas en Adrianópolis, y todos los trenes que por aquí pasaban debían detenerse en la frontera turca. Según decía muy formalmente un muchado macedonio, compañero de desgracia,

se trataba de una falsa alarma, dada por galenos deseosos de lucrar con el miedo que tiene el señor de los turcos al viajero sombrío, oriundo del Ganges.

Ningún sitio más triste ni más á propósito que aquella parte de la frontera, para que cada hora, cargada de tedio, se cambie en un siglo. Es una planicie desierta, sin rastro de verdura, monótona, interminable, interrumpida sólo hacia el oeste y el sur por una línea ondulosa de pequeñas colinas color de ocre y peladas como cráneos secos. Entre dos de las colinas, está Tchataldja, pequeña aldea que asoma las aspas de un molino y algo que parece, á la distancia, punta de minarete. El recinto de la cuarentena está limitado por estacas y cuerdas. Escoltados por la misma sonrisa, entre afable y maliciosa, fuimos conducidos á nuestra habitación de un día: una de las cuatro barracas de madera que se levantan ahí, en aquella desolación, frías y grises como almas de anacoretas.

Veinticuatro horas en cualquiera otra circunstancia pasan ligeras; pero basta saber

que son de cuarentena, para que desesperen y abrumen. Se hace necesario distraer el tiempo, ya observando los viajeros: ingleses, búlgaros, macedonios, austriacos; ya leyendo los improperios que en prosa y verso han dejado escritos, sobre las paredes, los huéspedes anteriores contra la inocente Tchataldja.

Y así hasta la tarde, hasta la hora en que rompen la monotonía de la campiña, manchas movedizas de rebaños que se alejan, y en que, próximo el sueño, mientras mueren las luces pálidas del largo crepúsculo de un día de verano, la esperanza pinta, allá lejos, detrás de la última colina, el suspirado término, la ciudad de los Sultanes, reflejándose con sus palacios y mezquitas en las aguas del Bósforo.

*
* *

Llegando por tierra, en un vagón de ferrocarril, nada se ve de ese espectáculo grandioso que ofrece Constantinopla al que viene

del mar de Mármara, sobre el puente de un buque. La primera impresión es miserable: después de recorrer un pedazo de costa melancólica y de atravesar un caserío insignificante, se pasa al lado de unas murallas en ruina y se entra en estación. Aquí, un guía, que hace también las veces de drogman titular del hotel en que mi compañero y yo deseamos instalarnos, se encarga de nuestro equipaje, y nos arrastra con éste en un carruaje ordinario á través de calles sucias y flexuosas hasta Pera, el barrio de los europeos. El sabor amargo de decepción de los primeros momentos se atenúa con la reflexión consoladora, si no justa, de que es preferible ver primero el lado adusto de las cosas antes que el risueño. Después no nos queda sino una impaciencia creciente de correr, todavía con el polvo del camino, á sorprender, desde uno de los admirables puntos de vista de que tanto habíamos oído hablar, á la ciudad hija de Apolo, según reza una leyenda, nacida en el abrazo de dos mares, sobre las riberas de dos continentes,

para ser un día centro del mundo y pedestal de gloria de dos imperios.

Unida á Pera, el barrio europeo, y confundiéndose con él, está Gálata, la antigua colonia de mercaderes genoveses, donde se eleva la torre del mismo nombre. Fué á la cima de dicha torre adonde nos llevó nuestra prisa por gozar de una vez del maravilloso panorama. La torre de Gálata, pesada, rectangular, y en el interior sombría y maltrecha, nada tiene de artístico; pero las doce ventanas que la terminan, por lo que á través de ellas se alcanza con los ojos, son otras tantas páginas de un cuento de hadas: el Bósforo, rodando tranquilo sus ondas como si no guardara en sus abismos muchos negros crímenes, ni hubiese prodigado más de una vez sus caricias azules á cadáveres de favoritas infortunadas; sobre la costa asiática, Escutari, dormida á la sombra de sus bosques de cipreses, y más al sur, una raya dudosa formada por las cumbres de las montañas bitinias; sobre la costa europea, Estambul, separada por el Cuerno de Oro de Pera y

Gálata, avanzando en el Bósforo el sitio en donde estaba el viejo Serrallo, y como soportando con orgullo el peso de las cúpulas de Aya Sofía y la Sulimanié; por todas partes, agujas de minaretes y copas de cipreses que suben al cielo, y algo radioso y diáfano esparcido en seres y cosas.

Cuando después de haber contemplado largo tiempo, se vuelve á la calle, el desaseo de ésta trae á la mente la idea de una charca, sobre la que el sol tuviese mejor brillo que sobre pavimento de asfalto ó de mármoles.

El recién llegado que se dé á caminar á la ventura por las calles, arriesga no tornar al punto de partida sino muy difícilmente, de modo que el guía, inútil en casi todas las ciudades europeas, es en Constantinopla indispensable, por lo menos para el viajero que sólo dispone de breve tiempo. Esta excursión á través de la ciudad, hecha sin orden preestablecido, reserva al viajero innumerables sorpresas. Lo quebrado del terreno hace que, unas veces, nos encontremos en el

fondo de una hoya, sin más que un pedazo de cielo sobre nuestras cabezas, y otras en el vértice de una de las siete colinas, teniendo por delante un nuevo panorama. En la misma calle en que reinan el ruido y el movimiento, se tropieza con un rincón de cementerio; y detrás de un grupo de casas, construídas y habitadas por occidentales, se extiende un barrio turco, silencioso y recogido, con sus casas de madera alineadas á lo largo de calles angostas. Á pesar de ir preparados por lo que en relatos de viaje se lee y de saber que los hábitos y las ideas de Occidente han sustituído algunos y modificado muchos de los usos orientales, siempre atrae con la atracción del misterio la reja fina é impenetrable que cierra balcones y ventanas de la habitación de las mujeres. Quizá si alguna bella turca, mientras nosotros pasamos indiferentes por la calle, está ahí, curioseando detrás de la celosía para llenar los ocios del harem, ó quizá si suspira como ave prisionera, mientras rinde cuerpo y espíritu indolentes á los caprichos de su

dueño y señor, el único á quien puede descubrir las adorables líneas de su rostro.

No disfruta hoy Constantinopla ni de una sombra de aquel predominio político que conquistaron en el mundo la corona de perlas de los emperadores bizantinos y la cimitarra siempre desnuda y vencedora de Mahomed y Solimán. Esta verdad de historia contemporánea y la amenaza constante de vecinos más fuertes prestan un matiz de indecible tristeza á la creencia supersticiosa del bajo pueblo, según la cual, los mahometanos serán arrojados un día de la tierra de Europa.

Lo que no ha perdido Constantinopla, ni podrá por completo perder nunca, es su importancia comercial por su posición en el punto en que se cruzan las grandes vías de dos continentes. De aquí resulta una población mezclada hasta el infinito que, fuera de griegos, armenios y turcos, que constituyen su núcleo principal, presenta tipos representantes de todas las razas y naciones. Apenas se camina un corto trecho en los lugares de

mayor concurrencia, cuando ya han resonado en el oído acentos, palabras y frases de todas las lenguas.

La primera vez que oímos palabras españolas fué en una conversación sostenida por tres hombres del pueblo, uno de los cuales estaba sentado en una acera, mientras los otros dos ocupaban la puerta de un chiribitil. Aunque este español, modificado y rico en barbarismos, diverge mucho del nuestro, y aunque, tal vez, no lo conservan aquellas gentes sino por las ventajas que derivan para su lucro mezquino de conocer un idioma que sólo ellos entienden entre sí, en mí, por lo menos, produjo la misma emoción dulce que siempre despierta el recuerdo de la patria lejana.

Á la gran diversidad de lenguas corresponde una gran diversidad de trajes, lo que hace de la multitud que por las calles circula el cuadro más pintoresco. Es cierto que á éste falta hoy aquel lujo de colores de los tiempos felices de Turquía. Ya no pasan deslumbrántes la túnica escarlata de los ma-

yordomos, la verde de los visires ni las botas azules del ulema. La influencia de Occidente ha hecho desaparecer poco á poco esas brillantes vestiduras con que se diferenciaban empleos, clases y jerarquías; y aun del mismo traje nacional, reemplazado por el nuestro, no queda sino el *fez* en los turcos de la costa europea. Los amplios cafetanes y los turbantes enormes sólo se observan hoy en los habitantes de Escutari, en los turcos que vienen del interior de Asia, en los sacerdotes y en algunos individuos de humilde condición. Sin embargo, ninguna multitud más abigarrada que la que invade con el rumor y el vaivén de las mareas el puente de la Sultana Validé. Este puente, que une á Gálata y Estambul, es el sitio de mayor movimiento y el mejor, por consiguiente, para ver desfilar individuos de todos los pueblos y presenciar escenas de la vida turca. Ingleses impasibles como bajo todas las latitudes, con el gorro clásico en la cabeza y una guía en la mano, se codean con circasianos de formas atléticas y tártaros de piel broncínea y pómulos salientes; la modis-

tilla de París, con un paquete bajo el brazo y el mismo andar apresurado y menudo que si estuviese sobre la acera parisiense, se encuentra de frente con un sacerdote árabe que despide por los ojos todo el ardor fanático de su raza; el comerciante de Bagdad, llegado con la última caravana, eclipsa, con sus grandes calzones bombachos y su colosal turbante, la figura raquítica de un europeo que camina detrás de él.

Á veces son eunucos los que ocupan nuestra atención al pasar, ya acompañando un grupo de nobles turcas, ya solos, casi todos negros, de elevada estatura, sin garbo, con los brazos descomunales, movidos en un balanceo desapacible, la mirada alerta en el rostro marchito de fondo pálido, y arrastrando como una maldición su librea, que es una levita negra muy larga. Casi increíble parece que el sol de esa civilización, de que se envanecen los hombres, haya venido hasta nuestros días, en la corte de los sultanes, empañado por la sombra tan infamante del eunuco. Piedad y repugnancia á la vez inspiran esos

pobres seres, condenados por siempre al espectáculo de una hermosura que no pueden gozar, y víctimas con alguna frecuencia de amores insanos.

Otras veces se trata de una reyerta de perros. Éstos son altamente considerados en Constantinopla. Algunos turcos tienen á la entrada de sus casas un hueco en el que depositan agua y comida para los perros, y, cuando hallan éstos al paso dormitando al sol, hacen un rodeo para no molestarlos en su modorra. Por eso tienen hábitos perezosos de niños mimados; y como se tienden en las aceras, en grupos de dos ó tres, sin cuidarse de dejar el camino libre al transeúnte, aunque estén despiertos, más de una vez nos tropezamos con ellos, corriendo el peligro de rompernos la crisma en la calle sumida en las tinieblas, cuando en hora avanzada salíamos de la cervecería alemana de Pera, en que se reunían austriacos, italianos y franceses, y adonde mi compañero y yo solíamos ir de cuando en cuando. Los perros, en Constantinopla, viven en una calle determinada y

hasta tienen un lugar fijo de dicha calle ; pero, si uno de ellos invade por desgracia el dominio de los otros, aguijoneado por el hambre ó pretendiendo requerir de amores á la hembra ajena, los vecinos, coaligados, no permiten salir al intruso sino después de acribillarlo á dentelladas. En el puente de la Sultana Validé no son raras estas luchas, y es interesante ver la muchedumbre cómo se arremolina y aparta para dar espacio á los combatientes, mientras que sobre las cabezas se mueven mareantes las oleadas rojas de los *fez*.

La primera tarde de las que pasamos en el puente, cuando el sol iba á trasponer, corrimos hacia la mezquita próxima del lado de Estambul, con el deseo, tal vez algo pueril, de oir la voz de Alá, que, llamando á la oración, es lanzada á los vientos, al levantarse y ponerse el sol, desde todos los minaretes de Asia, África y Europa. Después de esperar algunos minutos, vimos, en efecto, en uno de los balcones de un minarete, aparecer el almuédano envuelto en su túnica blanca ; le

vimos agitar los brazos en el aire, pero no percibimos su voz. Era que el silbato de los pequeños vapores del Bósforo, el estrépito de los carruajes y todos los ruidos con que termina el día de trabajo en las ciudades populosas, habían ahogado la voz de Alá. Involuntariamente recordé las naves solitarias y frías de Nuestra Señora de París; recordé haber penetrado, durante los días santos del cristianismo, en la basílica de San Pedro de Roma, llena de sol y vacía de fieles; y entonces pensé que no son los tiempos propicios á las voces del cielo, porque unas larvas grises que bulleron un día en el cerebro del hombre se han transformado desde hace tiempo en mariposas de luz.

***

En Estambul viven los grandes recuerdos. Allí fué Bizancio, heredera de Roma en gloria y poderío. Allí resplandeció sobre el Bósforo la sonrisa de los primeros serrallos. De los tiempos bizantinos quedan fragmentos enor-

mes de aquellas murallas sobre las que halló la muerte de los héroes el último de los emperadores, y Santa Sofía con sus mosaicos medio destruídos desde que Mahomed II la consagró á la nueva ley. De la primera época otomana quedan muchos monumentos del arte turco, principalmente algunas mezquitas y las ruinas del Palacio Nuevo, sobre las que extiende sus ramas el plátano corpulento, alrededor del cual se reunían los genízaros sediciosos. Todavía se conservan, aunque no siempre asequibles al visitante, la sala de ejecución de visires y bajáes, la del diván, así como las habitaciones correspondientes al harem, donde todo no era delicia y descuido voluptuoso para el soberano, perturbado de tiempo en tiempo por el grito de rebeldía de los genízaros, ó arrancado á los brazos de una odalisca por aquella esclava que iba á anunciarle, arropada en un manto purpúreo, que Estambul, la más hermosa de sus favoritas, era presa del incendio.

Si la maestría en el arte consiste en representar felizmente con la pureza de las li-

neas y la belleza del conjunto un motivo grandioso, la Sulimanié, ó sea la mezquita de Solimán, es la obra maestra de la arquitectura turca. Ninguna de las mezquitas cuyo polvo sagrado pisamos con el pie desnudo ó calzado con la sandalia interpreta mejor la idea religiosa mahometana. Cuando se penetra en el templo, después de pasar al pie de los minaretes, severos y harmoniosos como versos del Corán, se recibe la impresión de algo que pretendiera imponerse al espíritu, oprimiéndolo. No hay en el interior, como por otra parte en ninguna mezquita, los lienzos y las estatuas de nuestras catedrales, ni aún las preciadas columnas de jaspe y de verde antiguo de la mezquita de Bayaceto, ni los ricos mosaicos de la Ahsmedié; pero la misma desnuda sencillez, la media luz de crepúsculo, el tono uniforme y severo del mármol que reviste paredes y columnas, las proporciones colosales de la cúpula, todo retrata la idea monoteísta, nacida en un pueblo nómada que vivió largo tiempo sin otro horizonte que el horizonte de un desier-

to. El carácter profundamente religioso de la Sulimanié es lo que al penetrar en ella embarga los sentidos y, removiendo cosas muertas en un rincón del cerebro, hace venir á los labios la plegaria: ALÁ ES LA LUZ DEL CIELO Y DE LA TIERRA.

Á la peregrinación á través de las mezquitas sucede la peregrinación á través de los bazares. El famoso Gran Bazar, que ocupa por sí solo toda la extensión de una ciudad, había sufrido muchos descalabros durante los últimos temblores de tierra. Sus numerosos habitantes habían corrido á establecerse en las calles vecinas, por las que fuimos de tienda en tienda, más para embelesar la vista que para aligerar nuestros bolsillos. Es, sin embargo, difícil sustraerse á la tentación que surge de cada objeto extraño. El *effendi* ofrece café, mientras obedeciendo á nuestros deseos nos muestra sus preciosidades exóticas: la esencia de Arabia, el tapiz de Persia, la pipa de Bosnia, la pistola montenegrina, el yatagán de Damasco, lleno de arabescos. En realidad, nada hay en los bazares que sea de

Constantinopla, donde la industria es rudimentaria; pero esto no impide que algunos viajeros incautos se vayan creyendo que llevan consigo algo de la ciudad, tal vez uno de aquellos tubos cristalinos de paredes espesas, guardado cuidadosamente en el fondo de una balija, como si encerrase, en lugar de una gota de esencia de rosas, un poco de azul del Bósforo y sonrisas de sultanas.

***

Puede experimentarse en Constantinopla, cuantas veces se quiera, la infantil satisfacción de que habla de Amicis, de encender un cigarro en Europa y arrojar la ceniza en el Asia. Á experimentarla nos preparamos una mañana, en el puente de la Sultana Validé, embarcándonos con rumbo á Escutari. La brevedad de la travesía, cuando se va á bordo de un vapor y no en el liviano *caico*, apenas permite fijarse en el aspecto de los pasajeros. Son gentes de negocios, extranjeros como

nosotros, y mujeres que van á pasar el día en casa de parientas ó amigas.

Al pisar tierra asiática, nos hicimos conducir en coche por un camino polvoroso, hasta una pequeña distancia del palacio en que reside la madre del sultán actual. De ahí pasamos, ya á pie, por detrás del palacio, y comenzamos una ascensión de diez ó quince minutos, no muy penosa, durante la cual se empeñaba nuestro drogman en que no volviéramos atrás los ojos, y con este objeto trataba de distraernos hasta llegar á la cima del Bourgourlou, punto donde, al decirnos que podíamos ver, se preparó á recoger de nuestros labios un grito de admiración y á leer en nuestros rostros la sorpresa y el éxtasis. Toda la ciudad está á nuestros pies. No se divisa ya, como desde la torre de Gálata, una parte del Bósforo, sino todo él, desarrollando sus anillos de serpiente cerúlea entre las dos costas, orladas de palacios blanquísimos, caseríos y colinas verdes, hasta ocultarse bajo las brumas del Mar Negro. Hacia el sur se dilata el mar de Mármara, ciñendo

amoroso las islas, y se yergue como sostén de los cielos el olimpo asiático.

Aun en el Bourgurlou no faltó la obligada taza de café, ofrecida por un chicuelo que se dirigió donde nosotros desde un casucho de madera, detrás del cual nos mostró después la tumba de un dervís milagrero. El café, en Constantinopla, es lo que el vino en los campos de Italia y la cerveza en las ciudades alemanas. Se bebe café á todas horas y en todos los sitios: plazas, bazares, cementerios.

Nada más original que los cementerios turcos. No poseen suntuosos monumentos: algo de forma y figura de turbante, colocado sobre una pequeña columna, indica si el que duerme debajo fué visir, genízaro ó peregrino que tuvo la gloria de humillar la frente sobre la Kaaba. En cada extremo de la sepultura hay una piedra, donde, según la leyenda religiosa, está sentado un ángel, y como única planta simbólica crece el ciprés con tal profusión que convierte los grandes cementerios de Eyub y Escutari en dilatados y

hermosísimos bosques. El hombre vive familiarizado con el polvo de los sepulcros, pues á cada instante se encuentran, en las partes más céntricas, pedazos de tierra sembrados de piedras tumularias. La muerte se hace amable con esta familiaridad, y se va á los cementerios no sólo á buscar sombra y frescura en los dias bochornosos del verano, sino también á comer y reir. Mientras las copas de los cipreses suspiran su eterno canto elegíaco, la locura humana ríe y charla, esparciendo sobre las tumbas la algazara y el contento de la vida.

Una gran parte del cementerio de Escutari debimos recorrer para dirigirnos al lugar de reunión de los dervises, edificio de humilde aspecto y precedido de un emparrado, bajo el cual esperamos el momento oportuno, según decía el drogman. Llegado este momento, penetramos en un recinto rectangular, especie de modelo de mezquita, con un enrejado para las mujeres en la parte superior. Un dervís, al parecer el más venerable y como dirigiendo la ceremonia, está cerca del

mihrab, sentado á la turca y vuelta la cara á oriente, en tanto que los otros se mantienen detrás de él, sentados de la misma manera en una ordenada fila. Todos entonan un canto semejante á los que resuenan á veces bajo las bóvedas de nuestros templos, y con un ritmo igual y desesperante mueven la cabeza en un movimiento afirmativo, continuo, que hipnotiza y da el vértigo. Este movimiento se comunica luego al busto, y las frentes y los labios rozan, fervorosos, el suelo. Finalmente, puestos de pie, todo el cuerpo se doblega hacia adelante en sacudimientos convulsivos, los ojos congestionados parecen querer saltar de las órbitas; y de las gargantas henchidas, en vez de un canto, brotan sonidos inarticulados profundos, roncos, estertores de fieras del desierto heridas de muerte. Sobre todas las figuras se destacaba, por lo gigantesca y por el ensimismamiento religioso, la de un negro de piel lustrosa y escleróticas de blancura deslumbrante. El drogman nos le señaló diciendo que era un capitán de caballería. En efecto, al dia si-

guiente, después de la parada militar que se efectúa todos los viernes, mientras el sultán dice su oración en una mezquita, lo vimos pasar á la cabeza de su compañía, montado en un caballo árabe, la frente plegada, el ojo soñador. Fanáticos como éste viven en todas las religiones; pero hoy, afortunadamente, aun en la religión mahometana abundan poco. Muchos de aquellos dervises no son dervises sino por rutina ó por lo teatral y seductor de las ceremonias, durante las cuales, sin celo ninguno piadoso, se distraen espiando á los que entran y salen ó atendiendo al efecto que producen en los espectadores. Esta indiferencia dañará, hasta cierto punto, una fase original de la vida turca; pero es indudable que contribuye con las otras ideas venidas de Occidente á suavizar las relaciones sociales entre los mismos del país, partidarios de religiones tan diversas, y á realzar el nivel de cultura general. La influencia bienhechora del genio moderno ha llegado al corazón de todos los pueblos, fortaleciendo los lazos de amor que unen á la

gran familia humana; ha modificado sorprendentemente la condición de la mujer, pensaba yo, observando dos ó tres turcas que, á nuestro regreso á Europa, eran compañeras de travesía, y que lo habían sido ya en la mañana, yendo hacia el Asia. La mujer turca no es tan esclava como se placen algunos en decir. La poligamia, admitida por la ley, argumento aducido en favor de una religión ó de cierto estado social, no existe en verdad sino en la clase pudiente; pero, aunque no acatada por las leyes, no por eso es menos real la poligamia de nuestros grandes centros civilizados, donde el gran tono de millonarios y nobles consiste en pagar, fuera del hogar legítimo, los caprichos de más de una querida. Por lo demás, la mujer turca puede ir, venir, pasear, sin necesidad de permiso ni de compañía, mas respetada y fidelísima, tal vez como ninguna de Occidente. Conoce de modas, lee periódicos franceses, y de su antiguo traje apenas guarda, cubriendo la cara, el velo blanco, último residuo de los rigores de antaño. El mismo velo se ha hecho ya

más sutil, y á través de sus mallas, liberalmente ensanchadas, no es difícil ver, como nosotros vimos, mejillas albas y ojos negrísimos, coqueteando graciosamente en la gran pradera de las Aguas dulces de Asia, al pie de los sicomoros rumorosos.

FIN

ÍNDICE

Aldea lombarda. 1
Venecia. 27
Florencia 45
Roma. 67
Nápoles. 109
Alrededor de Nápoles. 125
Constantinopla 151

PARÍS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES

Ital 2148.96.15
Sensaciones de viaje ...
Widener Library 004620334
3 2044 082 249 632